

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

la olimpiada de los espías

KEITH LUGER



Raymond Duc silbaba una canción mientras se hacía el nudo de la corbata frente al espejo.

Tenía una cita con Elke.

Era la azafata que había conocido la semana anterior cuando viajó a Estocolmo.

Una hora antes, Elke le había llamado anunciándole que pasaría la noche en París.

Elke tenía un cabello maravillosamente rubio, unos ojos verde-mar, unos labios jugosos.

Publicada por Editorial Bruguera en la colección Archivo Secreto con el número 42, en el año 1965.



Keith Luger

La olimpiada de los espías

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1306

ePub r1.0

Lds 26.07.18

Título original: *La olimpiada de los espías*

Keith Luger, 1965

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Raymond Duc silbaba una canción mientras se hacía el nudo de la corbata frente al espejo.

Tenía una cita con Elke.

Era la azafata que había conocido la semana anterior cuando viajó a Estocolmo.

Una hora antes, Elke le había llamado anunciándole que pasaría la noche en París.

Elke tenía un cabello maravillosamente rubio, unos ojos verde-mar, unos labios jugosos.

Raymond había convenido en que Elke era la más maravillosa representante de Suecia que él había conocido en todos los días de su vida.

Y aquella noche Elke sería su compañera. Los dos solos. Ya lo tenía planeado. Primero irían a comer al restaurante de Pierre, en Clichy. Tenía un nombre muy romántico el local, La vela en la botella. Y muy sugeridor.

Luego, probablemente, la sueca diría que fuese a su hotel. Eso era lo lógico, tratándose de una nórdica, pero también su apartamento, el de Raymond, era un buen lugar para estrechar relaciones.

Consultó su reloj. Sí, era la hora de ir al encuentro de la hermosa Elke.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Raymond se quedó rígido. No esperaba visita.

Bueno, pensó, sería la señora Dumond, que le hacía la limpieza del apartamento. Tres días antes le había hecho una llamada para decirle que no podría ir por allí porque tenía a su hijo enfermo. El niño ya estaría bien e iría a cumplir sus obligaciones.

Abrió la puerta, pero no vio a la señora Dumond. Era el Viejo. Su jefe.

—Buenas noches, Raymond.

—Hola, ¿cómo está, jefe?

—Pasaba por la vecindad y, de pronto, me acordé que usted vivía aquí.

—Sí, jefe, vivo aquí desde hace cinco años. No me he mudado.

El Viejo emitió un gruñido y se metió en el apartamento mirando a derecha e izquierda.

—Muy bonito, sí, señor. Monique tenía razón.

—¿En qué tenía razón Monique?

—En que es usted un hombre que no se priva de natía.

—Oh, sí, jefe. Se supone que un agente del *Deuxième Bureau* puede morir en cualquier momento y, por tanto, ha de vivir intensamente.

—Sí, quizá tenga razón.

—Perdone, jefe, pero...

—Está bien. Aceptaré un *whisky*.

Raymond soltó una maldición para sus adentros. Pero se puso en marcha hacia la cocina.

¿Por qué el jefe venía a molestarle a aquellas horas? Bueno, lo importante ahora era darle su *whisky* y despacharlo cuanto antes.

Escanció en dos vasos.

Cuando regresó al *living* vio que su jefe se había sentado cómodamente en un sillón, con las piernas cruzadas.

—Muy amable, Raymond —dijo aceptando su vaso—. ¿Por quién brindamos?

Raymond pensó en la rubia Elke. No podía brindar por nadie más que por la sueca. ¡Qué mujer!

—Por la Olimpiada —dijo el Viejo.

Raymond creyó no haber oído bien. Pero recordó que en aquellos momentos se estaba celebrando la Olimpiada en Tokio.

—Sí, jefe —asintió con generosidad—. Porque nuestra representación consiga el mayor número de medallas.

El Viejo se llevó tranquilamente el vaso a la boca y bebió.

—Sí, Raymond, y porque usted descubra el pastel.

Pero Raymond no había bebido.

—¿Qué pastel, jefe?

—La gran tarta, el gran complot, la maquinación.

—¡Eh! ¿A qué maquinación se refiere?

—A la que a estas horas se está fraguando en Tokio. —¿Quiere decir que se están confabulando para que los nuestros pierdan medallas?

—No, Raymond.

—¿Quizá van a raptar a nuestra mejor nadadora, Kiki Carón?

—Tampoco, Raymond.

—Ya entiendo, se la van a jugar a Michel Jazy.

—No tiene nada que ver con nuestros representantes, Raymond. Le aseguro que allí se está preparando algo muy gordo y sensacional.

—¿Qué es, jefe?

—No lo sé. Y en eso va a consistir su misión; la de informarse acerca de lo que está pasando.

Raymond forzó una sonrisa.

—Me temo que es usted un poco pusilánime.

—¿Pusilánime ha dicho?

—Sí, señor. Usted tiene en cuenta que en Tokio se han reunido las representaciones deportivas de casi todos los países del mundo. No falta ninguno de los grandes, están los medianos y también los pequeños.

—Déjese de tonterías, Raymond. Es algo más que eso. Puedo ofrecerle pruebas de que en Tokio han puesto algo en el fogón y mi olfato me dice que se está quemando. —Pruebas, jefe.

—Se las daré. ¿Sabe a quién han enviado los rusos a Tokio?

—Imagino que a sus atletas, entrenadores, masajistas, directivos...

—A alguien más. A Sergio Ivanov.

—¿Ivanov ha ido a Toldo?

—Sí, Raymond.

—Está considerado como el número uno de los agentes rusos de contraespionaje. Ha hecho buenos trabajos para su país y es lógico que le hayan dado unas vacaciones.

—Eso cree, ¿eh? Los rusos han mandado a Sergio Ivanov a Tokio para que disfrute de las delicias de los Juegos Olímpicos.

—Al fin y al cabo, es humano que un agente que se juega la vida a cada instante tenga algunos días de vacaciones.

—¿Se acuerda de Weldon Forbes, Raymond?

—¿Cómo no me voy a acordar?

—¿Quién es? Dígalo rápido.

—Agente americano del CIA... Competí con él en un asunto. Forbes y yo nos conocemos perfectamente.

—¿En qué lugar lo colocaría usted entre los agentes americanos, Raymond?

—Estoy seguro de que es el mejor agente que tienen.

—Entonces le damos el número uno, ¿eh, Raymond?

—De acuerdo, jefe.

El Viejo hizo una pausa.

—También Forbes está en Tokio. Habrá llegado esta mañana. Recibí ayer un telegrama de Washington anunciándome su salida para el Japón.

Raymond estaba nervioso. Escuchaba a su jefe, pero no podía olvidar su cita con Elke. Las manecillas del reloj avanzaban inexorables, y sería absurdo hacer esperar a la gacela sueca.

—Bueno, jefe —sonrió—. Estados Unidos presentan su mejor cosecha de atletas y quizá asignaron a Forbes una misión especial. Ya sabe, evitar que los púgiles rivales de sus compatriotas se pongan herraduras en el guante.

Rió su propio chiste, pero su patrón se quedó tan serio como un areneque.

—No me gustan las ingeniosidades en estos instantes que se puede estar jugando la suerte del mundo.

—Por favor, jefe, no dramatice.

—¿Cómo puede hablar con esa ligereza? Le he hablado de Sergio Ivanov, de Weldon Forbes, pero aún no le cité otros personajes que indudablemente van a ventilar una partida importante en Tokio.

—¿A qué otros personajes se refiere?

—A Gregory Lange.

—¿De modo que también fue a Tokio el agente al servicio de Su Majestad británica?

—Y no me negará que Gregory Lange es el agente de contraespionaje más brillante con que cuentan los ingleses.

—Tampoco se lo voy a negar.

—Ande, Raymond, diga ahora que Gregory Lange fue también a

Tokio para pasar unas vacaciones.

—Sería la mar de gracioso que resultase eso.

—Ni usted mismo lo puede creer. ¿Por qué de pronto el Gobierno ruso, el Gobierno americano y el Gobierno inglés envían a sus mejores hombres del contraespionaje a Tokio?

—Eso, ¿por qué?

—¿Intenta burlarse de mí, Raymond?

—Nada más lejos de mi propósito, patrón.

—Es una buena respuesta.

—Gracias.

—Pero lo sabremos muy pronto. Saldrá para Tokio dentro de una hora.

—¡Oh, no, jefe...!

—¿Quién dice que no?

—Es un viaje demasiado precipitado.

—Le estoy encargando oficialmente de una misión, señor Duc.

—Verá, jefe, ese trabajo no se refiere a nada concreto. Quiero decir que, a fin de cuentas, ignoramos si realmente en el Japón se está cociendo algo... Tiene a otros hombres a su disposición... Están Pellici, Duval, Eskenaci...

—Lo he elegido a usted.

—Pero ¿por qué? Mis compañeros han probado muchas veces su valía.

—Muy bien, si quiere que le halague, se lo diré, señor Duc. El Gobierno inglés, el Gobierno ruso y el Gobierno americano han enviado al Japón a sus mejores agentes, y Francia no quedará a la zaga. También el *Deuxième Bureau* mandará allí al mejor, y ése es usted, señor Duc.

—Oh, no, patrón, yo no merezco esa consideración por su parte.

El Viejo se puso en pie.

—Tiene muy poco tiempo para hacer su maleta.

—Oiga, patrón, no puede hacerme a mí esto. Tenía una cita pendiente.

—Ya lo suponía. Se trata de una mujer, como siempre.

—Sí, jefe, acertó, es una mujer. Pero no es lo que usted cree.

—¿No...?

—Es una hermana de mi madre... Eso es, una tía mía.

—Magnífico descubrimiento. Todas las hermanas de su madre

son tías suyas.

—Sí, jefe. Y una de ellas, tía Claire, está muy enferma aquí, en París, en un hospital. La van a operar... Yo he sido siempre su sobrino favorito. Quiere tenerme a su lado.

—Déjese de pamplinas, Raymond. Está hablando con su jefe y sepa que estoy de vuelta de todos sus trucos. Pero si por una vez en su vida dijese la verdad, atrape ese teléfono y despídase de su tía Claire deseándole un pronto restablecimiento, porque se va al Japón. ¿O prefiere que lo dimita?

Raymond guardó un silencio y finalmente exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—Me voy al Japón, jefe.

—Ya lo suponía. En cuanto llegue allá, ha de ponerse en contacto con uno de nuestros enlaces. Quizá para entonces él sepa a qué atenerse. Ha recibido estrictas órdenes para que trabaje duro. Es posible que el enlace tenga suerte y cuando usted llegue, esté todo solucionado.

—¿Quién es ese enlace?

—Se llama Yamanaka y trabaja como mozo en un restaurante americano, el Oklahoma, en la avenida Kioto.

—¿Puede darme su descripción?

—Claro que sí. Ojos separados, muy pequeño, y con cara de japonés.

—Gracias, jefe. Si no fuera por eso, no daría con él.

—Le diré lo más importante. La consigna para Yamanaka. Usted le dirá: «La Gioconda ríe de siete a nueve». Y él ha de contestarle: «Pero la B. B. tiene mejores piernas».

—Muy patriótico. ¿A quién se le ocurrió semejante tontería?

—A mí.

—Perdón, jefe.

—De acuerdo, Raymond. Se va a enfrentar con otros tipos tan listos como usted, o quizá más... No somos amigos de los ingleses, ni de los rusos ni de los americanos... Téngalo presente en todo momento. No se fíe de ninguno de ellos. En este trabajo, el agente ruso está a la misma altura que el americano o el inglés. Es a Francia a quien usted sirve, sólo a Francia.

—Sí, señor.

—No pierda el tiempo.

—No lo perderé, señor.

—Tengo mis dudas de que, instintivamente, se deje arrastrar por su impulso.

—No le comprendo, señor.

—He visto algunas fotografías de esas atletas. Me refiero a esas muchachas que han acudido a la Olimpiada a competir en nombre de sus países respectivos. Muchas de ellas son atractivas.

Raymond se rascó la mejilla con el dedo índice.

—Sí —admitió—. Según he podido comprobar en la televisión, hay una alemana campeona de saltos de trampolín que me gustaría mucho conocer.

—A mí también —el jefe carraspeó—. Quise decir que no lo olvide, Duc.

—Sí, señor. Ya está olvidada la campeona.

—Se hospedarán en el hotel Lafayette.

—¿Debo utilizar nombre supuesto?

—No serviría de nada. Esos condenados agentes, el americano, el ruso y el inglés, lo conocen a usted perfectamente.

—Sí, señor.

—Ha de buscar una excusa para justificar su estancia allí.

—¿Se le ocurre alguna, señor?

El Viejo se paseó de un lado a otro con las manos en la espalda.

—Ya sé lo que puede decir, Raymond.

—Diga, señor.

—Usted ha ido a Tokio a gozar de unas vacaciones.

—Magnífico, jefe. Yo no habría tenido una idea mejor.

El Viejo miró a Raymond con un solo ojo y fue a decir algo, pero en última instancia cerró la boca como un cepo, echó a andar muy aprisa y salió del apartamento.

Al quedar a solas, Raymond soltó una maldición.

Elke se había convertido en humo. Ya no era la mujer que él conocía, un cuerpo en que las dosis químicas se habían combinado en la medida justa para formar un conglomerado orográfico de primera categoría.

Marcó un número en el dial.

—¿Sí? —Oyó la voz de la sueca.

—Hola, querida.

—¿Qué haces ahí, Raymond? Pensé que ya estarías en camino.

—Verás, es que pasa algo, Elke... El jefe se presentó aquí y me encargó un trabajo.

Había dicho a Elke que se ocupaba en negocios de maquinaria por cuenta de una importante casa de la región de Lyon.

—Ya entiendo, Raymond.

—He de vender una máquina que vale cinco millones de francos. Tengo una importante comisión.

—¿Y la máquina es morena o pelirroja?

—Elke, yo te juro...

—No jures, querido. Esto me enseñará a ser más cauta otra vez.

—Escucha, Elke, tienes que ser comprensiva. Dentro de unos días regresaré a París y entonces...

—Entonces yo no estaré en París.

—Te buscaré.

—No intentes porque si me encuentras, no vas a conseguir nada.

—Me gustan los desafíos.

—Buena suerte, Raymond. Espero que vendas muy pronto tu máquina de cinco millones de francos.

Raymond colgó y quedóse pensativo. Empezaba a intrigarle el hecho de que Estados Unidos, Rusia e Inglaterra hubiesen enviado sus mejores agentes a Tokio, como si entre los Juegos Olímpicos se fuese a celebrar uno para otorgar una medalla de oro al mejor espía.

Demonios, él tampoco debía faltar a la Olimpiada.

CAPÍTULO II

Ya estaba en Tokio, la ciudad olímpica. Había mucho ambiente.

Se podía reconocer enseguida a los forasteros, la mayoría portaban banderitas de sus respectivos países, en el sombrero, en la solapa o en la mano.

En el bar restaurante Oklahoma no cabía un alfiler.

Se discutían marcas conseguidas por los atletas.

Raymond habló con un camarero mostrándole dos billetes de a dólar. Quería dialogar con Yamanaka.

El empleado hizo desaparecer los billetes y, a cambio, señaló a Ray la mesa que debía ocupar para ser servido por Yamanaka.

Tomó asiento y esperó.

Al fin, otro camarero japonés se acercó a su mesa.

Raymond observó la carta y en esa posición movió los labios débilmente.

—La Gioconda ríe de siete a nueve.

Al no recibir respuesta alzó la mirada. El camarero japonés no se diferenciaba de cualquier otro japonés. Tenía ojos negros, oblicuos, y la sonrisa de sus labios parecía haber sido sellada dos o tres siglos atrás.

Hizo una inclinación y señaló la carta.

—Le recomiendo este plato americano, señor. Está exquisitamente condimentado.

Era un plato en el que entraban en juego los cangrejos y a Raymond no le gustaban los cangrejos.

—Demasiadas patas, amigo —dijo.

—Pero la B. B. tiene mejores piernas.

—¿Qué le pasa, Yamanaka? ¿Por qué tanto misterio?

—Me están vigilando, señor.

—¿Quiénes?

—La pareja que ocupa la mesa número trece. La mujer pelirroja y el hombre de la cara ancha.

—Muy bien, les echaré un vistazo luego. ¿Qué tiene que decirme, Yamanaka?

—Ahora no puedo informarle, señor, pero es muy importante que nos veamos dentro de una hora.

—¿Dónde?

—En el puente de Okeda. Está al sur.

—Tengo un plano de Tokio.

—Entonces lo encontrará enseguida. Espéreme en el segundo ojo del puente.

—De acuerdo, Yamanaka. Traiga ahora cualquier cosa, un martini por ejemplo.

—Sí, señor.

El mozo hizo una reverencia y se marchó.

Raymond encendió un cigarrillo.

Miró hacia la mesa número trece.

La pelirroja era una gran mujer y Cara Ancha un grandullón que quizá había venido a Tokio para levantar pesas. Pero, a la segunda impresión, uno se daba cuenta que su especialidad sería romper cráneos.

—¿Qué tal, Duc? —Oyó una voz.

Sonrió al hombre que se había plantado delante de la mesa.

Era Weldon Forbes, el agente del CIA americano.

Forbes frisaba en los treinta y cinco años de edad y era rubio, alto, facciones pronunciadas. Tenía cierto parecido con el actor Jack Palance.

—Hola, Weldon.

—¿Puedo sentarme?

—Con cuidado, a lo mejor pusieron una bomba.

—No lo creo. Entre nosotros dos, seguro que la bomba te la pondrían a ti.

—Gracias, eso resulta muy halagador.

El agente del CIA sacó un cigarrillo, encendió y expulsó un chorrillo de humo.

—Hermoso país —dijo.

—Hermoso.

—Estas japonesitas resultan muy atractivas, ¿verdad, Duc?

—Hasta ahora no tuve, tiempo de comprobarlo.

—Viniste por la Olimpiada, supongo.

—Claro, como tú, por la Olimpiada.

—Comprendo. Quizá el *Deuxième Bureau* pensó que vuestros atletas están siendo objeto de algún sabotaje, que por eso lindan tan poco, y te han comisionado a ti para que les pongas medias suelas.

—Sí, Weldon, ya puedes estar seguro de que, a partir de ahora, nuestros atletas harán mejor papel.

Weldon sonrió con los dientes apretados.

—¿Hablamos en serio, Ray?

—¿No lo estábamos haciendo?

—Anda, muchacho, dime qué es lo que sabes.

—¿Tengo que saber algo, Weldon?

—Oye, Ray, te estoy ofreciendo la oportunidad de trabajar juntos.

—¿En qué cosa?

—Tú lo sabes.

—No lo sé.

—Has venido a Tokio para ocuparte del mismo negocio que yo.

—¿Qué negocio?

—Ray, esto es demasiado para un solo hombre. Si nos unimos, estoy seguro de que triunfaremos sobre todos los demás.

—¿Quiénes son los demás?

—No hace falta que emplees ese procedimiento conmigo. Nos están vigilando desde la mesa número trece, y eso te dará una prueba de la importancia de este asunto.

—Háblame de la pelirroja.

—¿No la conoces?

—¿Crees que te preguntaría sobre ella si supiese quién es?

—Ingrid Gorman. Ha hecho muy buenos trabajos para su país. Alemania.

—¿La Occidental o la Oriental?

—República Federal Alemana, con capital en Bonn. —Gracias.

—Hoy es su agente número uno.

—¿Una nueva

Mata-Hari,
eh?

—Algo peor que Mata-Hari, me refiero a sus sentimientos. Hace unos meses despachó a seis hombres de una sola vez. Ahora hablemos de lo nuestro, Ray. Te estoy haciendo una oferta en serio para que formemos sociedad. — No hay nada que hacer, Weldon.

—¿Por qué no?

—Porque te conozco demasiado. Si fuésemos socios, en el momento más inesperado me dejarías en la estacada.

—Te juro que...

Un camarero se acercó trayendo un aperitivo. Pero no era Yamanaka.

Raymond llegó a la conclusión de que Yamanaka había salido del restaurante.

Vio que la alemana Ingrid Gorman hablaba con su compañero.

—Perdona, Weldon.

—¿Adónde vas?

—Quiero conocer a la mujer que acabó de una sola sentada con seis hombres.

El grandullón que acompañaba a la pelirroja se estaba levantando.

Al llegar a la mesa, Raymond simuló que tropezaba.

Una copa de vino cayó sobre la ropa de Cara Ancha, el cual dio un respingo.

—Oh, perdón —dijo Raymond.

El grandullón le dirigió una mirada cargada de odio.

—Si lo hizo a propósito, le voy a deshacer las narices.

Echó el puño hacia atrás y lo disparó.

Raymond hizo una, simple torsión y Cara Ancha golpeó en el vacío. Habría caído de bruces en el suelo si Raymond no lo hubiese detenido pasándole el brazo por el estómago.

El resultado fue una llave de judo que inmovilizó al grandullón.

—Amigo. —Je dijo Ray al oído—, si intenta algo, dentro de un rato estará escayolado por la clavícula.

Entonces habló la pelirroja:

—Te he dicho muchas veces que eres demasiado impulsivo, Fritz. Sería mejor que te llegases a comprarme cigarrillos.

—Sí, Ingrid —dijo el grandullón.

Raymond lo dejó libre.

Cara Ancha emitió un gruñido mientras se frotaba el brazo izquierdo. Luego echó a andar hacia la salida del local.

Raymond observó el bello rostro de la pelirroja.

—¿Nos hemos conocido en alguna parte, Ingrid?

—Estoy segura de que no. Si yo lo hubiese conocido su cara no se me habría despintado, aunque sé perfectamente quién es usted.

Raymond ocupó la silla que había dejado vacía el grandullón.

—¿Cuánto tiempo lleva en Tokio, Ingrid?

—Tres días.

—¿Logró mucho en estos tres días?

—Bastante, pero no estoy satisfecha. Aunque puedo asegurarle que Weldon Forbes logró mucho menos que yo.

Ray se estaba dando a todos los diablos, a pesar de que sonreía.

Al parecer, el único que ignoraba el asunto era, él.

—Ingrid, quiero participarle un secreto.

—¡Qué emocionante...!

—El agente del CIA me propuso que formásemos sociedad.

—¿Y cuál fue su respuesta, Ray?

—Lo mandé al diablo.

—Bravo.

—¿Quiere saber por qué hice eso?

—¿Por qué?

—Cuando formo sociedad, prefiero una mujer.

—¡Oh, sí! Los informes que he recibido de usted lo prueban a cada momento. Cuando usted trabaja, hay que contar con que tendrá una mujer a su lado. ¿A quién tiene esta vez?

—El puesto está vacante. Es suyo si lo acepta.

—Parece una oportunidad magnífica para mí.

—No me de las gracias. Usted reúne todas las condiciones que yo deseo en una mujer. Es bella, seductora y ya estoy interesado por conocer la clase de besos que puede dar su boca.

—¿No le han dicho que muerdo?

—También me gusta eso.

Ella entornó los ojos y tras una pausa, dijo:

—Es usted un tramposo, Ray. Ha podido engañar hasta ahora a las mujeres que se encontró en su camino, pero sepa, de una vez por todas, que yo no soy como ellas.

—¿En qué se diferencia?

—¿No lo nota?

—Quizá tiene algún lunar en un sitio que no se ve. Pero tengo esperanzas de que cuando exista un poco de más confianza entre nosotros dos, me hará una exhibición.

—Se morirá sin verlo.

—Eh, Ingrid, no te pongas tan triste —la tuteó.

—No tienes nada que hacer conmigo, Ray.

—Es una lástima. Creí que tú y yo...

—Llegaríamos a una entente.

—Exacto.

—Ya sé que te acercaste aquí por eso. Os llevo una gran ventaja a todos. Yo seré quien consiga... —se interrumpió de pronto.

—Continúa.

—Ya hablamos todo, Raymond.

—Todo, no. Falta algo. Voy a trabajar sin compañía en este asunto y no quiero que nadie me siga. Se lo dices a tu gorila. Esta vez no le quebré un hueso porque quería hablar contigo, pero a la próxima le romperé su dura cabeza.

La pelirroja sonrió.

—Eres muy fiero.

—Hay otro aviso para ti, rojiza. Sería mejor que te dedicases a ver la Olimpiada.

—Ya la veo, querido. Esta tarde no me pienso perder las regatas.

—Date de paso un chapuzón.

—Seguiré tu consejo y me llevaré el bikini.

Ray se puso en pie.

—¿Quieres algo para Weldon Forbes?

—Sí, dile que la noche pasada tuvo demasiada suerte en escapar con vida de mi habitación.

Ray volvió a la mesa donde estaba el agente del CIA.

—¿Ya le hiciste el amor, Ray?

—Sí, Weldon, y dio resultado. Me citó esta noche en su habitación. Por cierto, dijo que no nos molestases.

Weldon Forbes hizo una mueca.

—Tú y tus chistes.

—Hasta la vista, Weldon.

—¿Qué te propones, Ray?

—Voy a las regatas.

—Y un cuerno.

—Eh, muchacho, no deberías ser tan mal hablado.

—Ya entiendo. Tú y esa rojiza habéis llegado a un acuerdo. Trabajaréis juntos.

—Es posible.

—Elegiste mal, Ray. Ella te cortará el cuello.

—Ya veremos.

—Oye bien esto, Ray. Hasta ahora no hubo nadie que me pisase el terreno. Muchos compitieron conmigo, pero a todos los dejé en la cuneta.

—Ya sé por lo que hablas. En cierta ocasión conseguiste antes que yo lo que ambos buscábamos. Pero aquello no tuvo importancia. Aunque me sacaste primero ventaja, luego se demostró que no había servido de nada. Mi Gobierno tuvo lo que tú le proporcionaste al tuyo, y quedaron empatados.

—Esta vez la ventaja es importante, Ray, y no dejaré que tú me adelantes. Recuerda, nuestros atletas son mucho mejores que los vuestros. Los franceses no tenéis nada que hacer en esta Olimpiada.

—Enhorabuena, Weldon —dijo Ray, y tras dejar unos billetes sobre la mesa para pagar lo que no había tomado, se alejó hacia la salida.

Cara Ancha entraba en aquel momento muy sofocado.

—¿Qué hay, Fritz? ¿Perdiste la pista de Yamanaka?

El alemán hizo un gesto de sorpresa. Levantó la mano y agitó un dedo, tan grueso como una morcilla, delante de la cara de Ray.

—Haré rebanadas con ese condenado japonés.

Ray le obsequió con una sonrisa y salió a la calle.

Tomó un taxi y le dijo al conductor que lo llevase a pasear por donde quisiese.

Se dio cuenta de que Fritz lo seguía en otro auto. Pero eso era lo que había esperado.

—Muchacho —dijo al conductor japonés—, lleva el coche a un mercado de esos que son como un hormiguero.

—Sí, señor —contestó, respetuosamente, el taxista.

Ray pagó la carrera cuando estaban llegando al mercado.

El taxista le dio las gracias porque había recibido una generosa propina.

—No pares el coche, chico. Yo saltaré en marcha.

Ray abandonó el taxi cerca de una callejuela.

Se sumergió entre la multitud, y al cabo de diez minutos dio por descontado que Fritz, *Cara Ancha*, había perdido definitivamente su pista.

Tomó otro taxi y le dijo al conductor que lo llevase al puente Okeda.

Yamanaka ya lo estaba esperando en el lugar de la cita.

Los coches circulaban incesantemente por la carretera.

—Celebro verlo, señor Duc, aunque imagino que le habrá costado trabajo deshacerse de sus perseguidores.

—No mucho, Yamanaka.

—Estaba nervioso, porque usted no aparecía. Si hubiese tardado un poco más, me habría decidido a enviar un mensaje cifrado a su jefe, y eso habría sido muy malo, ya que estoy seguro de que conocen nuestra clave.

—Está bien, Yamanaka. Ahora ya estoy aquí y me puedes informar de todo lo que sabes.

—Es terrible, señor Duc. Esta noche pasada he estado desvelado, paseando por la habitación horas y horas. Ha habido momentos en los que creí que no vivía en el año 1964.

—¿Sí? ¿En qué año vivías?

—Cuanto menos, en el 3000, señor Duc.

—¿Cuál es el motivo?

—El robot del profesor Migasura.

CAPÍTULO III

—Un robot, ¿eh? —dijo Ray.

—No se trata de uno corriente, señor Duc.

—¿Qué es entonces?

—Un hombre como usted o como yo. Un auténtico ser humano, al menos en apariencia.

—¿Quieres decir que ese robot tiene huesos, venas...?

—No, señor Duc. Ahí está la diferencia. Por fuera el robot parece un hombre normal. Usted puede hablar con él, sostener una conversación como conmigo. Usted no puede establecer ninguna diferencia con respecto a los demás seres humanos que conozca. Pero es un robot, a pesar de todo. Dentro de su carne no hay venas ni sangre y carece, por tanto, de corazón. Todo él es puro cerebro, quiero decir un circuito maravilloso que le permite hablar y moverse como un hombre auténtico.

Ray se pasó una mano por la cara.

—Oye, Yamanaka, ¿te encuentras bien?

—No, mucho, señor Duc, desde que descubrí el secreto del profesor Migasura.

—Lo comprendo. Alguien te contó esa historia sobre el robot con aspecto de ser humano y tú soñaste con él la noche pasada, y te desvelaste.

—No, señor Duc. Nadie me lo contó. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Y hablaste con él?

—No, señor. No habló conmigo. Habló con el profesor Migasura.

Raymond se dijo que tenía que armarse de paciencia.

—Oye, muchacho, conozco lo que es la cibernética. Asistí a un cursillo en París, porque, según mi jefe, un agente como yo tenía que estar informado de todos los adelantos. Puedo decirte que la

palabra «cibernética» procede del griego *kybernetes*, que significa timonel, y que es la ciencia de la autorregulación, o sea, de los mecanismos capaces de gobernarse a sí mismos.

—Sí, señor Duc. Y la mayor prueba que se ha podido dar de los avances de la cibernetica es el robot del profesor Migasura, que se ha adelantado en dos mil años a los demás sabios que se ocupan de esa ciencia. Se lo repito. Ha conseguido un robot que se gobierna a sí mismo, haciéndose pasar por un ser humano como usted o como yo.

—¿Y dices que lo has visto?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Logré introducirme en el laboratorio del profesor Migasura, que está instalado en un pueblo situado a unas quince millas de Tokio.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Yamoto. El laboratorio del profesor está rodeado por altos muros, pero conseguí comprar a uno de los jardineros. Le pagué quinientos dólares para que me dejase entrar. Había una ventana abierta y me acerqué...

Yamanaka cada vez estaba más nervioso.

—¿Qué es lo que viste por la ventana? —le preguntó Ray.

—Vi al profesor Migasura sentado en un sillón, hablando con otro hombre que caminaba de un lado a otro frente a él.

—¿De qué hablaban?

—De los Juegos Olímpicos. Concretamente de la carrera de los mil quinientos metros. Al principio pensé que se trataba de dos interlocutores que hablaban normalmente, pero, de pronto, el profesor Migasura ordenó a su acompañante que se detuviese.

—Espera un momento. ¿Cómo era el hombre que hablaba con el profesor Migasura?

—Un europeo. Más o menos de su talla, cabello negro, rasgos de facciones normales. Parecía muy fuerte.

—Muy bien, el profesor Migasura le ordenó que se detuviese. ¿Y qué pasó después?

Yamanaka tragó saliva.

—El profesor Migasura se levantó del sillón, se acercó al hombre que se había detenido... y le quitó la cabeza.

—¿Cómo le quitó la cabeza?

—Le apretó en el cuello. Esperó unos segundos y, luego, le quitó la cabeza... La puso en una silla, tomó un destornillador y estuvo trabajando en el cuello del hombre.

—¿El hombre estaba quieto?

—Completamente inmóvil.

—Imagino que le daría algún nombre cuando estaban hablando.

—Sí, señor. El profesor Migasura le llamaba Charles.

—Entonces el profesor Migasura terminaría de ajustarlo.

—Sí, señor Duc. Luego le volvió a colocar la cabeza. De pronto, aquel hombre, Charles, empezó a decir algo que me heló la sangre en las venas.

—¿Qué es lo que dijo?

—Que el jardinero había hecho traición al profesor Migasura. Que había introducido en la casa a un hombre.

—¿Cómo lo supo?

—No lo sé... Lo cierto es que yo no quise esperar más... Estaba aterrorizado. Eché a correr. Me reuní con el jardinero y le dije que huyese él también. No quiso hacerme caso. Salí de allí... Esta mañana telefoneé a la casa del *profesor*, preguntando por el jardinero. Me dijeron que había muerto de un colapso al corazón. Me preguntaron quién era yo, y colgué enseguida.

—Me parece que hay demasiada fantasía en tu relato, Yamanaka. Lo que tú viste pudo ser un simple entretenimiento del profesor Migasura.

—¿Qué quiere decir?

—Ese supuesto robot era un enano. Ya sabes, encima de él, el profesor Migasura colocó un disfraz de un europeo y por eso se movía como una persona. Debajo de todo aquello había un ser humano.

—Es imposible.

—¿Por qué imposible?

—Me informé por qué están aquí los otros agentes. Ya sabes, los de Rusia, Estados Unidos, Inglaterra...

—¿Por qué están aquí?

—Un ayudante del profesor Migasura envió un mensaje a los tres Gobiernos: ruso, americano e inglés. Me lo explicó el jardinero. El ayudante, que se llamaba Surumine, estaba aterrorizado porque

había contribuido al nacimiento de ese monstruo. Le ocurrió como a los que lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima. Tarde o temprano empezaron a sentir remordimiento por lo que habían hecho.

—¿Qué pasó con Surumine?

—Hace tres días murió supuestamente en un accidente de automóvil.

—Y tú crees que fue asesinado...

—Estoy seguro, señor Duc.

—¿Qué es lo que dijo ese Surumine a los Gobiernos americano, ruso e inglés?

—Sólo una cosa. Que un peligro mucho más grave que la bomba de hidrógeno amenazaba al mundo y que todavía era tiempo de destruirlo.

—Pero ninguno de los agentes que enviaron esos Gobiernos llegó a tiempo de entrevistarse con Surumine.

—No, señor, estoy seguro de que ninguno de ellos pudo hablar con Surumine, porque cuando llegó el primero, el ruso, hacía veinticuatro horas que estaba muerto.

—¿Saben mis competidores en qué consiste ese peligro mayor que la bomba de hidrógeno?

—Estoy dispuesto a jurar que lo ignoran.

Raymond pensó en lo que le había dicho Weldon de formar sociedad. Al parecer, el agente del CIA no sabía nada. ¿Pero y la alemana Ingrid? ¿Por qué se había metido en el negocio? Su Gobierno no había recibido ningún aviso de Surumine. La alemana le había dado la impresión de que sabía más que los otros. Sin embargo, su compañero Fritz *Cara Ancha* intentó seguirlo. Esto podía significar que la alemana había tratado de impresionarle y que, por tanto, estaría en las mismas condiciones que Weldon, que ignoraría la existencia del robot.

Demonio, ¿es que iba a dar crédito a la fábula de Yamanaka? ¿Estaba dispuesto ya a admitir la existencia de un robot con figura humana, capaz de sostener una conversación sobre los Juegos Olímpicos?

Miró, receloso, a Yamanaka.

—Me gustaría saber si no me engañas.

—No le he mentado, señor Duc, aunque admito que si no hubiera

visto al robot con mis propios ojos, pensaría como usted.

—Volvamos a ese robot. ¿Notaste algo especial en él?

—Sí, señor Duc.

—¿Qué cosa?

—Una pequeña protuberancia. Debe ser el dispositivo que mantiene su cabeza unida al tronco. Pero sólo me di cuenta de ello cuando el profesor Migasura le quitó la cabeza.

De pronto sonó una ráfaga.

—¡Cuidado, muchacho! —dijo Raymond, y se arrojó sobre el japonés.

Pero ya era demasiado tarde.

Yamanaka había sido alcanzado por unas cuantas balas.

Raymond rodó por el suelo, al tiempo que sacaba su pistola.

El agresor, quienquiera que fuese, había utilizado la metrallata desde el hueco del ojo que estaba envuelto en la semioscuridad.

Raymond sabía que las balas habían sido especialmente destinadas a él. Pero Yamanaka se había colocado entre él y el asesino y por eso el japonés recibió el plomo.

Otra vez se había hecho un silencio tan sólo interrumpido por los coches que pasaban por el puente.

En aquel momento, Raymond vio salir a un hombre de la oscuridad.

Disparó rabioso. El hombre se tambaleó, alcanzado dos veces en la espalda, y cayó de bruces.

Raymond se levantó y acudió al lado de Yamanaka.

El japonés tenía los ojos abiertos y arrojaba sangre por la boca. Estaba partido en dos.

—Lo siento, muchacho —dijo Raymond.

Le cerró los ojos y se acercó al lugar donde descansaba el asesino. También había exhalado el último suspiro.

Nada hacía allí y decidió alejarse, porque no quería enfrentarse con la policía japonesa.

CAPÍTULO IV

El profesor Migasura hablaba a la mujer que estaba al otro lado de la mesa.

—¿Cómo está nuestro paciente, Sakao?

—Se levantó perfectamente.

—¿Cuánto tiempo descansó?

—Una hora y seis minutos.

—Es maravilloso, ¿verdad, Sakao?

—Parece un hombre realmente, un occidental recién llegado al Japón para ver la Olimpiada.

—¿Y quién le dice que no lo es? —sonrió Migasura.

—¿Hemos de servirle desayuno, profesor?

—He dicho que se le diese el tratamiento como a un ser humano, y me extraña que usted pregunte eso. Sabe que Charles puede comer como un hombre normal. Los alimentos son dirigidos a un receptáculo, que él mismo puede evacuar en cualquier momento.

—Sí, profesor.

—Dígale a Charles que quiero verlo en cuanto haya terminado su desayuno.

Sakao sintió un estremecimiento.

—¿Qué le pasa, doctora? —preguntó el profesor con voz irónica.

—Todavía no he hablado con él. Me da un poco de miedo. Recuerde que hasta ahora sólo lo vi a través de un cristal.

—Pues ya va siendo hora de que converse con nuestro querido Charles.

—Perdone, doctor, pero... —la joven se interrumpió.

—Sé lo que quiere decir. ¿Está pensando si Charles será como un auténtico ser humano en lo que se refiere a sus relaciones con las

mujeres? ¿O quizá que Charles puede ser un hombre brutal que la atacará por el simple hecho de ser mujer?

—La verdad es que no he pensado en nada de eso. Lo que me impresiona es hablar con él, con un hombre que yo sé que es un robot.

—Muy bien, doctora Sakao. Debo recordarle que la contraté conmigo por su especial conocimiento de la anatomía humana.

—Sí, profesor. Pero debe tener en cuenta que, precisamente, a Charles le falta una anatomía como la de cualquier ser humano.

—Usted creó esa anatomía para mí, el cuerpo de plástico que Charles necesitaba para pasar por un semejante a nosotros.

—Doctor, por ese cuerpo que yo formé con mis manos, no circula la sangre, no tiene tejidos y también carece de sistema nervioso.

—¿Quién ha dicho que no lo tiene, doctora Sakao? Le repito que Charles es un auténtico ser humano. Nadie podría desmentirlo. Desde hace cinco días lo estoy sometiendo a las pruebas necesarias, y hasta ahora las está pasando con la más alta calificación. Vaya con él, doctora Sakao. Quiero seguir por la pantalla de la televisión sus reacciones.

—Entonces va a ser la primera vez que vea a una mujer...

—Sí, la primera vez que verá a una mujer de carne y hueso, aunque antes lo acostumbré a ver fotografías de ustedes. Al principio, le llamaron mucho la atención, pero luego le aburrió como el niño que se cansa de un juguete.

La doctora Sakao hizo una inclinación con la cabeza y salió de la habitación.

Fue a la cocina y preparó el desayuno de Charles.

Lo llevó en una bandeja a la habitación donde se encontraba el hombre-robot.

Llamó suavemente con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz.

Se estremeció. Era Charles quien le había hablado.

Penetró en la estancia. No vio a Charles. La puerta del baño estaba abierta.

Se quedó inmóvil con la bandeja del desayuno en las manos.

Pensó en la posibilidad de que Charles estuviese en el baño, sin cabeza.

Vio aparecer a Charles en el hueco. Estaba completo.

Sus ojos negros la observaron atentamente.

—¿Quién es usted?

La doctora Sakao podía haberle dicho: «Soy una de las personas que ha contribuido a crearlo, la que formó esa materia que parece carne».

—La doctora Sakao —contestó, sin embargo.

Charles avanzó lentamente sobre ella, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Una mujer, ¿eh?

—Sí, una mujer.

—No tiene mal aspecto. El profesor Migasura la creó antes que a mí.

—No, Charles.

—¿Me va a decir que es una mujer auténtica?

—Si.

—No lo creo.

—¿Por qué no lo cree?

—Es igual que yo, aunque su cara sea muy parecida a la del profesor.

—Él y yo somos japoneses, usted en cambio es, aparentemente, un europeo.

—Ya —dijo Charles—. El profesor me proyectó varios documentales. He visto Londres, Roma y París. Y también vi a su gente. Es cierto, yo podría pasar por uno de ellos, pero también me ha explicado el profesor la ignorancia de esos europeos. Yo sería, entre ellos, el más inteligente de todos. El profesor me ha hablado de que en un momento determinado dejan de vivir. Una cosa que se llama muerte los deja inmóviles, como si durmiesen.

—Eso también nos pasa a nosotros, los japoneses. Todo el mundo muere.

—Todo el mundo, no. Yo no moriré. No me afecta la muerte.

—Ya lo sé, Charles.

—Soy eterno.

La doctora Sakao sintió que estaba fría como el hielo. Era inevitable que pudiese sostener una conversación con un hombre en cuyo interior sólo palpitaba un fabuloso sistema electrónico. Se arrepintió al momento de haber contribuido al nacimiento de aquel

robot, un auténtico monstruo.

—No soy ningún monstruo, doctora Sakao.

—¿Qué dice?

—Sólo he dicho lo que estaba pasando por su mente —sonrió Charles.

—Perdone.

—También siente miedo de mí.

—Eso es algo inevitable.

—Debe acostumbrarse a mi presencia, usted y yo vamos a estar mucho tiempo juntos. El profesor Migasura la necesitará para ayudarle a traer al mundo a muchos¹ hermanos míos. Hasta ahora sólo soy yo, pero muy pronto seremos centenares.

—Le he traído el desayuno.

—No le gusta mi conversación.

—Usted lo dijo antes, Charles; he de acostumbrarme a usted.

—Sí, tiene razón. Ponga el desayuno sobre la mesilla de noche y márchese.

La doctora Sakao dejó la bandeja y se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, doctora Sakao.

La japonesa dio la vuelta, miró a Charles.

—¿Es casada? —preguntó él.

—No.

—¿Tiene novio?

—Sí.

—¿Quién es? ¿Está también con el profesor?

—No, él ejerce la Medicina en Tokio.

—¿Se casarán?

—Eso tenemos planeado.

—¿Cuándo?

—La próxima primavera.

—¿Sabe él qué ciase de experimentos ha hecho con el profesor?

—Claro que no.

—¿Qué le dijo entonces a su novio?

—Que el profesor Migasura me contrató para hacer un estudio de injertos, pero él nunca podría suponer que...

—No continúe o lo estropeará otra vez. ¿Iba a decir que su novio nunca podría suponer que usted había contribuido a la creación de un ser como yo?

Sakao abrió la puerta y echó a correr, saliendo de la habitación.

Bajó los peldaños de la escalera de dos en dos y penetró en el gabinete del profesor Migasura.

—¿Lo ha visto todo, profesor?

El profesor sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Sí, y también lo he oído todo. La prueba fue excelente.

—¿Cómo se atreve a decir eso?

—¿No habló Charles con usted como un hombre normal?

—En absoluto. Me adivinó el pensamiento.

—Es una de las portentosas facultades que posee nuestro querido Charles.

—Profesor Migasura, usted me dijo que sólo iba a crear uno de esos seres.

—Sí.

—Charles me ha dicho que usted los fabricará por centenares.

El profesor permaneció un rato pensativo.

—Usted debe tener un poco de imaginación, doctora Sakao.

—¿Qué quiere decir?

—Vivimos en un mundo poblado por seres muy débiles. Ya se lo dijo el propio Charles. Todos tenemos que morir.

—Es una ley impuesta por la naturaleza.

—Muy cierto, doctora Sakao, pero desde el principio del mundo los hombres hemos tratado de vencer las leyes impuestas por la naturaleza. La historia del hombre no es más que eso. Una lucha constante por la supervivencia. Yo he conseguido lo que nadie había logrado hasta ahora: vencer a la muerte.

—Oh, no, profesor, usted no ha vencido a la muerte. También usted morirá.

—Yo sí, pero Charles no.

—Charles no es un ser humano.

—Ya hemos discutido eso, doctora Sakao. Sé perfectamente que no lo es —hizo una pausa—. Charles es muy superior a cualquiera de esos seres que llamamos humanos.

La doctora Sakao inspiró profundamente.

—Debe destruir a Charles, profesor.

—¿Qué ha dicho, doctora Sakao?

Los ojos de Migasura miraban con dureza a su colaboradora.

—Profesor, usted me dijo que con su invento quería contribuir al

bienestar del mundo.

—Y es cierto.

—Tengo la impresión de que usted pretende destruirlo.

—El mundo no se puede destruir.

—Me refiero a los habitantes de este planeta.

—No sea chiquilla, doctora Sakao. Yo sólo pretendo contribuir al perfeccionamiento de esos habitantes.

—Acabando con los que existen sobre él, para colocar a sus monstruos.

—No debería calificarlos así. Recuerde, Charles se enfadó mucho.

—Me temo que no conseguiré hacerle cambiar de opinión.

—No, doctora Sakao.

—Está bien. Usted y yo no podemos entendernos. Me iré de aquí.

—¿Adónde, doctora Sakao?

—Volveré con mi prometido.

—Oh, sí, lo había olvidado. Usted quiere casarse con el doctor Yoshioka. Trabajar junto a él.

—Mi prometido me dijo que me reservaba una plaza en su hospital.

—No puede dejarme ahora, doctora Sakao.

—Le ruego que me devuelva mi libertad.

—Es usted una ingenua, querida Sakao. ¿Cómo cree que la voy a dejar en libertad, sabiendo tantas cosas de mí?

La joven se mordió fuertemente el labio inferior.

—No seguiré trabajando con usted —dijo, con decisión.

—Tendrá que hacerlo, le guste o no le guste. Contrajo un compromiso conmigo. Y cuando yo contrato a alguien, exijo que cumpla hasta el fin.

—¿Va a retenerme aquí contra mi voluntad, profesor?

—Ya puede estar segura de que lo haré, doctora Sakao.

El profesor Migasura tocó un timbre. Se abrió una puerta a la derecha y entraron dos japoneses. Hicieron una inclinación reverencial.

—La doctora Sakao permanecerá en su habitación —dijo Migasura—. Sólo podrá salir de ella cuando yo lo ordene.

Sakao fue a protestar, pero se dio cuenta de que de nada serviría.

El profesor Migasura la necesitaba para que le ayudara en la fabricación de aquellos seres con que pretendía poblar al mundo.

Echó a andar y los dos hombres que hablan entrado en la habitación la siguieron.

—Compórtese como una buena muchacha —dijo Misa— gura, antes de que Sakao saliese.

Ella no dio respuesta y salió flanqueada por sus dos guardianes.

Migasura quedó a solas. Sonrió. Todo marchaba bien.

Había contado ya con que la doctora Sakao se rebelaría, y tenía tomadas las medidas para que permaneciese con él mientras fuese necesario.

Se abrió la puerta y entró Charles.

—Buenos días, profesor.

Migasura observó con orgullo a aquel ser que había creado. Era perfecto, aunque a ello hubiese contribuido Sakao con sus extraordinarios conocimientos de la Anatomía Plástica.

—Estoy satisfecho de ti, Charles.

—He visto por primera vez a una mujer, profesor. Me gustó, aunque prefiero a las europeas que me enseñó en las fotografías.

—Es lógico, tú también eres occidental.

—¿Cuándo podré hablar con una de ellas, profesor?

—Más pronto de lo que tú supones. He decidido que salgas por primera vez de esta casa.

—¿Voy a ir a la ciudad?

—Sí, Charles. Irás a Tokio.

—Gracias, profesor.

—Te voy a encargar un trabajo muy especial. Será la prueba definitiva para demostrarme tus conocimientos.

—¿A qué prueba se refiere?

—Vas a matar a un hombre. Yo te diré dónde lo encontrarás.

—¿Quién es él?

—Yoshioka, el prometido de la doctora Sakao. Esa muchacha está demasiado preocupada. Ama a Yoshioka y ha sentido deseos de abandonarme. La necesito porque ha de trabajar conmigo durante algún tiempo, hasta que los dos ayudantes que la asigné dominen como ella la Anatomía Plástica.

—Sí, profesor. Mataré a ese hombre.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Pase —dijo Migasura.

Entró un japonés que, tras inclinarse, anunció:

—Profesor, sus órdenes fueron cumplidas. Ese traidor, Yamanaka, que trabajaba como mozo en el restaurante Oklahoma, se ha reunido con sus antepasados. Mi compañero, el número XZ14 lo abatió con una ráfaga.

—Celebro mucho que Yamanaka y ese francés, Raymond Duc, estén ya muertos.

—Perdón, profesor, pero sólo murió Yamanaka.

—¿Cómo?

—Mi compañero XZ14 sólo logró alcanzar a nuestro compatriota.

El rostro de Migasura parecía tallado en piedra.

—¿Dónde estabas tú, KZ7?

—Arriba, en el puente. Yamanaka y Raymond Duc habían quedado citados abajo. Mi compañero y yo pudimos matar a Yamanaka mucho antes, cuando llegó solo. Decidimos esperar a que Raymond Duc se reuniese con él. No comprendo aún cómo XZ14 pudo fallar. Debió matarlos a los dos.

—¿Por qué no interviniste tú?

—Raymond Duc acabó con mi compañero. Vi cómo le metía dos balazos en la espalda.

—Te pregunto por qué no acabaste con Duc.

—No pude, señor. Yo estaba arriba y el agente francés desapareció en el hueco. Decidí escapar de allí. Los disparos podían atraer a los policías y si me detenían, sería mucho peor.

—Eres un estúpido, KZ7.

—Lo siento, señor. Pero no debe preocuparse. Yo acabaré con Raymond Duc. Será hoy mismo.

—Cuando os seleccioné para trabajar conmigo, advertí que no os consentiría un solo fallo.

—Le repito que no fue un fallo mío, profesor, sino de mi compañero.

—Os confié a los dos este trabajo y el fracaso de uno supone el del otro. Los dos me habéis defraudado, y, por tanto, ahora debo imponer el castigo. He de mostrarme inflexible, KZ7.

Hubo un silencio en la estancia.

—Charles —dijo el profesor.

El hombre-robot enarcó las cejas, mientras miraba atentamente a los ojos de Migasura.

Captó su pensamiento.

El profesor le estaba diciendo: «Mata a ese hombre».

—Sí, profesor —contestó.

Se volvió hacia KZ7 y echó a andar hacia él.

—¿Qué pasa aquí? —dijo KZ7—. ¿Qué va a hacer conmigo?

El profesor Migasura respondió:

—Tú también te vas a reunir con tus antepasados.

—¡No, no pueden matarme! ¡No lo consentiré...!

Retrocedió hacia la pared y sacó una pistola, apuntando a Charles.

—Deténgase o disparo.

Charles no se detuvo.

KZ7 estaba cada vez más nervioso. Arqueó el dedo en el gatillo.

—¡Le he dicho que se pare! —gritó.

Tampoco esta vez Charles lo obedeció.

Entonces KZ7 hizo fuego.

Vio asombrado que Charles continuaba andando imperturbable.

Disparó otra vez y el resultado fue el mismo.

KZ7 se pasó una mano por la cara. No, no era posible que un hombre pudiese seguir andando con dos balas en el estómago. Volvió a levantar la pistola y le disparó en el corazón.

La bala se hundió en el pecho de Charles, pero éste siguió avanzando hacia él con la sonrisa en los labios.

—Es inútil, KZ7 —dijo Migasura—. Las balas nada pueden contra Charles.

Los ojos de KZ7 parecían salir de las órbitas.

Charles ya había llegado a su lado.

—No esperes más, Charles —dijo Migasura.

Charles, sin perder la sonrisa, levantó una mano, sólo una mano, la derecha. Atrapó por el cuello a KZ7, éste trató de librarse de aquella garra, pero tuvo la impresión de que sus dedos entraban en contacto con una barra de hierro.

La cara del japonés se transfiguró. Primero se puso roja, y luego su piel tomó un color amoratado.

Quiso gritar, pero de su boca sólo escapó aire y saliva.

Charles aumentó la presión de sus dedos. Sonaron unos extraños

chasquidos y el cuello de KZ7 empezó a convertirse en pulpa.

—Déjalo ya, Charles —ordenó Migasura.

Charles abrió sus dedos y el japonés cayó como un muñeco.

—Me ha quemado la ropa, profesor.

—No te preocupes, Charles —dijo Migasura—. Te pondrás otro traje. Quiero examinar tu cuerpo.

Charles se despojó de la chaqueta y camisa, dejando pecho y estómago al descubierto.

El profesor tomó unas pinzas de una bandeja y se acercó a Charles. Después de examinar al hombre-robot, dijo:

—La doctora Sakao no me engañó. Hizo un buen trabajo.

Sacó una de las balas con las pinzas y el agujero se rellenó inmediatamente.

—No ha quedado la menor huella.

Sacó las balas del estómago e igualmente, en unos segundos, no quedó marca alguna de que allí hubiesen sido enterrados dos proyectiles.

—Charles —dijo Migasura, mirando a los ojos del robot—, tendrás que hacer en la ciudad un doble trabajo.

—Ya entiendo, quiere que también mate a ese agente francés, a Raymond Duc.

—Sí, Charles. No quise matar a Yamanaka hasta que apareciese el francés, y ya has oído que mis hombres fracasaron... No podemos consentir que Raymond Duc siga viviendo. No les temo a los otros agentes, pero sí a Raymond Duc, porque es el único que conoce tu existencia.

—No se preocupe, profesor. Mataré al doctor Yoshioka y luego me ocuparé de ese francés.

—Charles, he decidido trasladarnos a la isla. Está todo preparado para que nos marchemos de aquí hoy mismo.

—Si teme a Raymond Duc, no hace falta que se de tanta prisa.

—No, Charles, no es eso. Sé que puedo considerar a Raymond Duc como hombre muerto, pero en la isla me sentiré más seguro. Además, es allí donde voy a crear a tus hermanos.

—Quería hablarle con respecto a eso, profesor.

—Bien, habla.

—Seré el jefe de todos ellos.

—No te preocupes. Tú mandarás, Charles.

—Gracias, profesor. ¿Pero cómo podrá arreglarlo si los crea igual a mí?

—No serán exactamente como tú. En su circuito habrá una pequeña variación. Sólo obedecerán tus mandatos.

—Creo que lo comprendo. Hizo mi circuito para que yo lo obedezca a usted.

—Sí, Charles.

—¿No cabe la posibilidad de que ese circuito se estropee algún día y deje de obedecerle, profesor?

Migasura se echó a reír.

—¿Ya quieres ser más que yo?

—Era sólo una pregunta, profesor.

Migasura borró poco a poco la sonrisa.

—Te contestaré, Charles. ¡Me obedecerás siempre!

Bajó la mirada hacia el suelo para que Charles no le pudiese leer en su mente, porque no le había dicho la verdad. El propio Charles podía desarreglar su circuito, dejar de obedecerle. Y él no podía consentir eso. Era lógico, tan viejo como el mundo, que el ser creado se alzase contra su creador, pero no inevitable, y él estaba en condiciones de someter para siempre a Charles y a los demás robots que crease.

CAPÍTULO V

Raymond Duc llegó ante la puerta del laboratorio del profesor Migasura. Apretó el timbre.

Previamente había rodeado la casa, examinando los altos muros a los que Yamanaka se había referido. Era imposible franquearlos. No tuvo más remedio que llegar a la conclusión que si quería entrar tenía que hacerlo por la puerta.

Un japonés se acercó por la otra parte de la verja de hierro.

—¿Qué desea?

—Quiero hablar con el profesor Migasura.

—¿Quién es usted?

—Raymond Duc, agente de ventas de la Compañía Electrónica Francesa.

—Espere un momento. Hablaré con el profesor. No sé si podrá recibirle.

El japonés desapareció y Raymond aprovechó aquellos instantes para encender un cigarrillo.

Yamanaka le había contado una historia fabulosa acerca de un robot. Nunca la hubiera creído. ¿Pero la muerte de Yamanaka no significaba que tenía razón?

El criado regresó al cabo de unos minutos.

—El profesor lo recibirá.

—Muchas gracias.

El japonés abrió la puerta y dijo a Raymond que lo siguiese.

Penetraron en un jardín que estaba muy cuidado y poco después, a la vuelta del camino, Raymond vio una casa al fondo, típicamente japonesa.

Otro criado le estaba esperando en lo alto de una escalera. Fue el que lo acompañó al interior de la casa, hasta un gabinete que

estaba envuelto en la penumbra.

—Soy el profesor Migasura —dijo una voz.

Raymond dio unos pasos hasta la mesa, tras la que se encontraba el hombre que le hablaba.

—Celebro conocerle, profesor Migasura.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi compañía está interesada en sus inventos.

Raymond se había concedido un poco de tiempo, después de la muerte de Yamanaka, para informarse acerca del profesor Migasura. Ahora sabía muchas cosas de él.

Migasura era uno de los sabios especialistas más importantes en la Cibernética. Durante la última década había contribuido a crear poderosas máquinas, cerebros electrónicos que se habían aplicado con gran éxito en la industria. Había recorrido el mundo, comisionado por las Naciones Unidas, y sus conferencias habían despertado el mayor interés en los centros experimentales de Occidente.

—Perdone, señor Duc. Pero últimamente no he inventado nada.

—Mis informes son otros.

—¿Sí?

—Tengo entendido que ha perfeccionado un robot.

—Ya sé a qué se refiere... Al hombre mecánico.

—Correcto, profesor.

—Tengo que darle malas noticias a ese respecto, señor Duc. Abandoné hace ya tiempo mi idea de perfeccionamiento del robot.

—Hace sólo unas horas repasé una conferencia que dio usted en Berna, hace seis años. Dijo que estaba próxima la era en que el mundo sería gobernado por robots.

El profesor Migasura sonrió.

—Ya vivimos ésa era.

—¿En qué sentido lo dice, profesor?

—Usted es un hombre culto, sabe que muchas máquinas nos proporcionan, hoy día, conocimientos que hace unos años el hombre estaba muy lejos de poseer. ¿Qué son los satélites que giran alrededor de nuestra Tierra, sino auténticos robots? ¿Qué son esos cerebros electrónicos que se utilizan en la Olimpiada, que registran las marcas, los tiempos, con velocidad de diezmillonésimas de segundo?

—Sí, profesor. Hemos adelantado mucho en la Cibernética. Pero esos inventos a los que usted se refiere era presumible que el hombre los alcanzase. Refiriéndome otra vez a sus palabras de aquella conferencia, llegó lejos, entreviendo un mundo en que el robot sustituyese al hombre.

—Señor Duc, yo hablaba en sentido figurado. El hombre jamás podrá ser sustituido por el robot.

—Mi compañía estaría muy interesada en comprarle a usted su muñeco mecánico, a pesar de que usted lo abandonó. Quiero decir que le compraríamos en el estado en que usted lo hubiese dejado.

—Ya entiendo; sus especialistas tratarían de perfeccionarlo.

—Justo, profesor. Ésa es la idea.

—No les venderé mi muñeco.

—Estamos dispuestos a hacerle una buena oferta.

—Yo la rechazaré.

—¿No le interesa el dinero, profesor Migasura?

—Tengo cuanto necesito... Además, llegué a la conclusión de que mi hombre mecánico servía para muy pocas cosas. Ésa fue la verdadera razón por la que renuncié a él. Las funciones que mi robot podría realizar, pueden conseguirse perfectamente por un sistema de brazos mecánicos, tal como usted habrá visto en los laboratorios en que se trabaja con elementos radiactivos.

El profesor Migasura se incorporó y rodeó la mesa ante la que se encontraba Raymond.

—Señor Duc, no quiero que usted se marche de aquí pensando en que no le digo la verdad. Tengo un muñeco en la habitación vecina, o como usted dice, un robot, tal como se encontraba en el momento que decidí suspender mis trabajos. Lo pondremos en marcha y usted lo contemplará. ¿Accede a verlo en funcionamiento, señor Duc?

—Desde luego, profesor. Será un honor para mi.

Pasaron a la otra habitación que el profesor utilizaba como laboratorio.

Junto a la pared, Raymond vio a cuatro robots. En ellos todas las piezas eran de acero. Ninguno tenía el menor parecido con un ser humano.

La cabeza de cada uno de ellos era una caja rectangular con bombillas que hacían las veces de ojos.

Tenían brazos, piernas, si es que se podía llamar así a las barras contráctiles, pero sus manos, en lugar de tener cinco dedos, estaban formadas por dos agudas pinzas.

—Aquí tiene las distintas evoluciones del muñeco en que trabajé casi diez años. Cada uno de ellos muestra un adelanto más sobre su inmediato inferior. De modo que, el más perfecto es el que está en último lugar a la derecha. Le presento a David, señor Duc.

—De modo que, le puso un nombre occidental...

—Sí, señor Duc. Todos mis muñecos tienen nombres ingleses o franceses. ¿Quiere que ponga en marcha a David?

—Desde luego.

—Debo hacerle una advertencia. David es un poco receloso. No le gustan los visitantes a quienes no conoce.

—¿Habla en serio, profesor? ¿Quiere decir que David puede pensar por sí mismo?

—No, no puede pensar. Le daré una explicación para que comprenda. David tiene un mecanismo muy sensible formado por células fotoeléctricas. Cuando ve a alguna persona, impresiona su imagen, la cual queda grabada para siempre en lo que podríamos llamar su cerebro. Usted, por ejemplo, nunca fue fotografiado por él, es un extraño. Inmediatamente que lo ponga en marcha y sus ojos lo vean, se producirá en su interior un *shock*.

—¿Y cómo reaccionará ante ese *shock*?

—Eso depende. Quizá usted le resulte simpático. En cuyo caso lo admitirá como un amigo. Pero ha de tener mucho cuidado, si David lo considera a usted inamistosamente. ¿Está decidido a pasar por la prueba, señor Duc?

Raymond miró al muñeco que el profesor Migasura había bautizado con el nombre de David. Era, en verdad, impresionante, ya que medía casi dos metros, y apostó a que sus pinzas resultarían mortíferas.

—Puede poner en marcha a David, profesor.

—Muy bien. Lo hice entrar aquí para satisfacerle.

El profesor se acercó al monstruo de acero y apretó un botón en su espalda.

Se oyó un silbido que fue disminuyendo, poco a poco, hasta quedar completamente apagado.

El robot movió la caja rectangular, que le hacía de cabeza. Las

bombillas, sus ojos, se encendieron. Levantó los brazos. Sus movimientos eran torpes.

—Hola, David —dijo el profesor.

El muñeco emitió unos sonidos carrasposos.

—David está hablando, señor Duc —anunció Migasura.

—¿Y qué le dice? —preguntó Raymond.

—Se está quejando del tiempo que lo he tenido inmóvil.

—¿Qué idioma habla?

—Uno que sólo entiendo yo. Cuidado, ha captado el sonido de su voz, señor Duc.

La cabeza del muñeco empezó a girar. Las bombillas de su testa se apagaban y encendían con mucha rapidez. De pronto quedaron completamente encendidas, cuando apuntaron a Raymond.

El monstruo emitió otros sonidos que para Raymond resultaron intraducibles como antes.

—¿Qué dice ahora, profesor?

—Pregunta quién es usted y a qué ha venido.

—Contéstele, por favor.

—El señor se llama Raymond Duc, y es un amigo.

El monstruo silbó otra vez.

—¿Cuál es su respuesta, profesor? —inquirió Raymond.

—Dice que estoy equivocado, que usted no es un amigo.

—Siento no poder darle un abrazo para convencerle. Imagino que me haría papilla, si yo lo intentase.

—Seguro, señor Duc. Ahora David tiene plena autonomía. Es el último adelanto que conseguí.

—¿Y cuándo se detendrá?

—Sólo utilizando cierta frecuencia de onda.

—Muy bien, utilícela.

—Tengo el aparato en la otra habitación. Enseguida lo detengo. Quédese quieto y David tampoco se moverá.

El profesor salió de la estancia y cerró la puerta a su espalda.

David estaba inmóvil, mirando siempre a Duc.

De pronto levantó uno de sus remos y echó a andar.

Raymond retrocedió.

—Eh, muchacho, ése no fue el trato. Tu amo dijo que te estuvieses quieto.

Pero el muñeco cada vez andaba más rápido.

Raymond retrocedió hacia la puerta por donde había desaparecido Migasura.

Trató de abrir, haciendo girar el tirador.

Pero aquella puerta estaba cerrada con llave.

CAPÍTULO VI

—¡Profesor Migasura! —llamó Raymond, golpeando la puerta.

Del otro lado no le llegó respuesta.

Volvió bruscamente la cabeza.

El robot se estaba acercando a donde él se encontraba y ahora se movía con más ligereza que antes, haciendo entrechocar las pinzas.

Raymond se apartó de la puerta. Atrapó una silla que descargó sobre el monstruo.

La silla se convirtió en pedazos y el monstruo se movió ahora con mayor rapidez.

Raymond sacó la pistola de la axila. Hizo fuego sobre las bombillas. Las dos saltaron con una explosión, pero eso tampoco detuvo a David.

Raymond comprendió que tampoco podría detener al robot con sus balas.

Retrocediendo, llegó hasta el lugar donde se encontraban los otros cuatro muñecos mecánicos.

David se dirigía otra vez hacia él.

Ray tuvo una idea. Buscó el botón que ponía en marcha al robot que estaba más cercano y lo apretó.

El muñeco emitió un silbido, como había hecho David antes de ponerse en marcha. Las bombillas de sus ojos se encendieron.

David ya estaba muy cerca de ellos y se detuvo, levantando sus terribles brazos.

El muñeco que Ray había puesto en marcha se adelantó hacia David.

David alzó su brazo y lo dejó caer sobre el otro muñeco. Éste acusó el terrible impacto y se vino hacia adelante.

David había aprisionado el cuello de su rival con las pinzas.

De pronto sonó un crujido y el muñeco que no tenía nombre fue decapitado. Cayó en el suelo, armando un ruido infernal. Moviéndose débilmente sus miembros y, finalmente, quedó quieto.

Raymond comprendió entonces que aquel robot, David, era el más adelantado de todos los que el profesor Migasura había conseguido en sus trabajos. Pero David no poseía figura humana.

No tenía tiempo ahora para pensar. David se había desembarazado de su enemigo y otra vez emprendía la marcha.

Ray se dirigió hacia el fondo del laboratorio. Allí había dos tanques. Uno con una capacidad como para cincuenta litros y otro más pequeño.

Pasó la mano por el grifo del mayor y olfateó gasolina.

Entonces abrió la llave. El líquido comenzó a caer en el suelo y corrió justamente al encuentro de David, el cual, poco después, estaba ya chapoteando sobre la nafta.

Raymond encendió una cerilla y la arrojó sobre el río de gasolina.

Saltó una gran llama, que en unos segundos envolvió al monstruo, el cual continuó avanzando entre el fuego, pero ahora su marcha se hizo más lenta.

Las llamas empezaron a prender en todas partes. En mesas, sillas...

Muy pronto la casa del profesor Migasura sería presa del fuego.

Raymond se dijo que tenía que escapar de allí cuanto antes.

Con la pistola en la mano, se acercó a la puerta y disparó sobre la cerradura.

De repente, oyó un rugido a su espalda.

El robot se había detenido y levantaba los brazos al aire. Una especie de aullido brotaba del interior de la caja que era su pecho, donde supuestamente debía tener su sistema central. El fuego estaba dañando sus piezas integrado por su poderoso sistema electrónico. Se retorció como un ser humano.

Raymond no quiso ver más, porque el fuego se propagaba rápidamente por todo el gabinete.

Salió al corredor.

—Profesor Migasura, ¿dónde está?

Tampoco ahora le contestó el japonés.

Al parecer, nadie quedaba en la casa. Cruzó el corredor y llegó

al vestíbulo.

Las llamas habían prendido ya en el techo. La madera crujía devorada por el fuego.

Tenía que salir de allí.

Era lógico que el profesor Migasura guardase en aquella casa productos químicos, que en cualquier momento harían explosión. Si permanecía un momento en el laboratorio, podrían recoger sus trozos en un pañuelo, y al Viejo no le gustaría guardarlo en la cajita del rapé o en la tabaquera.

Entonces echó a correr.

Cuando cruzaba la puerta sonó la primera explosión. Eso le dio más impulso, bajó la escalera y se alejó por el jardín hacia la puerta enrejada.

Sonó otra explosión más fuerte.

Al volver la cabeza, vio que la casa de Migasura estallaba en un montón de pavesas.

* * *

—Profesor Migasura llamando a Charles... Profesor Migasura llamando a Charles.

El sabio japonés hablaba desde la cabina de una embarcación.

En una silla, custodiada por dos japoneses, se encontraba la doctora Sakao.

—Conteste, Charles. Estoy esperando su respuesta.

—Aquí Charles, hablando al doctor Migasura —llegó una voz por un altoparlante.

—Charles, hemos tenido que abandonar la casa. El agente francés, Raymond Duc, logró entrar en ella, pero no salió. Ya no tienes que buscarlo, una vez que cumplas con tu primera misión.

—¿Qué pasó con el francés, profesor?

—Tu hermano menor, David, acabó con él. Después la casa se incendió y hubo una explosión. Raymond Duc sufrió las consecuencias.

—Lo celebro, profesor. Estoy cerca de la casa del doctor Yoshioka.

La doctora Sakao saltó de la silla.

—¿Qué le va a hacer a Yoshioka, profesor?

Se oyó una risa por el altavoz. Era Charles.

—Doctora Sakao, usted me dijo que se iba a casar con Yoshioka. Con ello iba a perder su libertad. No se preocupe, no la perderá nunca.

La doctora Sakao agrandó los ojos.

—¡Profesor, va a matar a mi novio...! ¡Dele contraorden! ¡Dígale que lo deje en paz, que no le haga daño!

El profesor se acercó al micrófono y dijo:

—Continúa tu trabajo, Charles.

—Sí, profesor.

—Habrá un hombre que te esperará esta noche en el muelle para llevarte a la isla. Debes reunirte con él. Ya conoces la consigna.

—Sí, profesor.

Sakao gritó otra vez.

—¡Ordene que no lo mate, profesor! ¡No puede consentirlo...! Continuaré trabajando para usted y ése será el precio: la vida de Yoshioka.

—Lo siento, querida —contestó Migasura—. En mi camino no puedo detenerme, ni retroceder un solo paso.

Ya había interrumpido la comunicación con Charles.

Sakao estaba furiosa.

—¡Es usted un asesino, un miserable, un canalla!

—Tranquilízate.

—Tiene que pagar por ese crimen, por todos los crímenes que va a cometer... Usted ha puesto en el mundo a ese asesino, a Charles.

El profesor sonrió.

—¿Olvidas que tú me ayudaste a crearlo?

—Yo ignoraba el destino de su robot. Me engañó. Me dijo que lo hacía por el bien de la Humanidad.

—No, no te mentí respecto a eso. El bien de la Humanidad exige que haya seres como Charles.

—Está loco, completamente loco.

Sakao sacó una pistola del bolso, pero uno de los hombres que la vigilaban le dio un golpe en la muñeca.

Sakao dejó caer la pistola y cayó de rodillas al suelo, sujetándose la muñeca.

—Cálmate, querida —dijo Migasura, sin perder la sonrisa—. Te espera mucho trabajo en la isla. Tu novio te hacía perder el tiempo.

Pensabas demasiado en él. Ahora sólo podrás pensar en tu trabajo.
Te lo garantizo.

CAPÍTULO VII

Raymond Duc estaba en la ducha cuando sonó el teléfono.

Se cubrió con una toalla por la cintura y salió, dejando tras de sí las húmedas huellas de sus pasos.

Al llegar a su habitación del hotel Lafayette, se había puesto en contacto telefónico con el Centro Experimental Politécnico de Tokio. El doctor Migasura había sido catedrático del Centro durante siete años.

Un tal doctor Kiyoshi le había prometido información sobre el profesor Migasura.

—¿Señor Duc? Le habla el doctor Kiyoshi.

—Celebro escucharle, doctor Kiyoshi. ¿Tiene algo que decirme sobre las preguntas que le hice?

—Sí, señor Duc. El profesor Migasura contrató a la doctora Sakao hace muy poco tiempo, tan sólo un año.

—¿También la doctora Sakao es especialista en robots?

—No, señor. La especialidad de la doctora es la Anatomía Plástica.

—¿Dónde puedo hablar con la doctora Sakao?

—En el propio laboratorio del profesor Migasura.

Raymond se dijo que eso no sucedería jamás, ya que el laboratorio del profesor Migasura había quedado reducido a escombros.

—Doctor Kiyoshi, me temo que la doctora Sakao no podrá entrar en contacto conmigo, porque salió de viaje, aunque alguien me podría indicar el lugar donde se encuentra ahora.

—Quizá resulte sencillo, señor Duc. La doctora Sakao está prometida al doctor Yoshioka. Seguro que él conoce el paradero de su futura esposa.

—¿Y dónde puedo encontrar al doctor Yoshioka?

—En el Hospital de la Lucha contra la Leucemia.

Después de recibir la dirección, Raymond dio las gracias a su informante y colgó.

Volvió al cuarto de baño y se puso a frotarse vigorosamente el cuerpo. De pronto, oyó una voz en la puerta:

—¿Qué tal, Raymond?

Miró hacia allí y vio al agente ruso, Sergio Ivanov, que tenía una pistola en la mano.

Sergio Ivanov era alto, robusto, cejas espesas, ojos azules y nariz chata.

—Hola, Sergio, hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Desde Roma, año 1962. Tú conseguiste lo que yo deseaba. La fórmula de aquel sabio austríaco, el doctor Reichner.

—El doctor Reichner prefirió el Sena al Moscova.

—Mi fracaso estuvo a punto de costarme la dimisión.

—Habría sido una lástima que prescindiesen de ti, Sergio. Eres un muchacho inteligente.

—¿Sabes por qué he venido a Tokio?

—Claro que sí, Sergio. Te llegaste para comprobar cómo vuestros atletas se llevan las medallas de oro, las medallas de plata y las medallas de bronce.

—No, Raymond, se trata de algo personal. Yo también quiero conseguir una medalla de oro.

—¿Y en qué prueba vas a participar?

—Operación Migasura.

—¿Qué es eso?

—No te hagas el tonto, Raymond. Eso sería imperdonable en ti. Vengo del laboratorio del profesor Migasura.

—¿Lograste hablar con él?

—Estaba acordonado por la policía. El laboratorio había saltado por los aires. Encontraron varios cadáveres. Pregunté al policía de mayor graduación y me dijo que no había ninguna duda de que el profesor había encontrado la muerte en la catástrofe.

—Un día de luto para el Japón.

—Lo sería, si el profesor Migasura estuviese realmente muerto.

—Con tu permiso —dijo Raymond, y pasó junto a Ivanov, al dormitorio—. He de vestirme.

El agente ruso lo siguió con la pistola en la mano.

—No me conformé con lo que me dijo la policía, Raymond. Anduve preguntando a uno y a otros, hasta que di con mi testigo.

—¿Qué te dijo tu testigo?

—Que se produjeron dos explosiones y que cuando ocurrió la segunda, salió un hombre corriendo de la casa.

—Entiendo, tú crees que fue el profesor Migasura.

—No, no fue el profesor Migasura. Mi testigo me dijo que el hombre era occidental. Alto, de unos treinta y cinco años, moreno, rostro de facciones correctas... Te estaba describiendo a ti, Raymond.

—¿Por qué he de ser necesariamente yo? En estos momentos en Tokio hay muchos occidentales de una edad aproximada a los treinta y cinco años, altos, morenos y de facciones correctas.

Sergio Ivanov se echó a reír.

—Pero da la casualidad de que sólo estamos interesados en el doctor Migasura un número limitado de personas. El agente del CIA, el del *Intelligence Service*, tú y yo. La descripción concuerda sólo contigo. Antes de ir al laboratorio de Migasura me informé de lo que le había sucedido a tu contacto. Lo rellenaron de plomo en el ojo de un puente. Está claro, ¿verdad, Raymond? Es inútil que continúes negando.

—De acuerdo, Sergio; tú ganas.

—Eso está mucho mejor. Hubiese sido absurdo que te tuviera que meter una bala en el cuerpo por una simple negativa como ésa.

—¿Habrías disparado contra mí, Sergio?

—Esta vez no puedo fracasar, Raymond, hay mucho en juego. ¿Dónde está el profesor Migasura?

—No lo sé.

—Es posible que no lo sepas y es posible que me estés engañando.

—Te he dicho la verdad.

—Voy a admitirlo, pero quiero que se te meta en la cabeza una cosa importante.

—¿Qué es ello?

—Encontraré al profesor Migasura y lo llevaré junto al río Moscova.

—Quizá prefiera ver a los existencialistas.

—También tenemos nosotros de eso en Moscú. Muy pronto podremos exportar
ye-yes

—Vais a defraudar mucho. Todos los países los prefieren con la etiqueta made in France.

—No te preocupes, los falsificaremos. Y ahora volvamos al asunto del profesor Migasura. Mis jefes te conocen bien, Raymond, y están dispuestos a que colabores con nosotros.

—No continúes, Sergio Ivanov.

—Sabía que sería tu respuesta; pero mis jefes no entienden mucho de eso, me ordenaron que tratara de ganarte.

Sergio guardó la pistola.

—En mi país poseen amplios informes acerca de las investigaciones del profesor Migasura, pero no señalan los últimos resultados. Anda, muchacho, dime qué es lo que ha descubierto el profesor.

—Está bien, te lo diré. —Raymond hizo una pausa—. El profesor Migasura ha logrado fabricar un perro hablador. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Sergio? La caza ya no tendrá dificultades. El perro podrá decirle a su amo en qué lugar se ha escondido la pieza.

Ivanov se había quedado con la boca abierta.

—No me tomarás el pelo —dijo, rabioso.

—¿Es que no me crees, Sergio?

—Si te creyese, sería el más estúpido de los mortales. —Se dirigió hacia la puerta—. Pero óyeme bien, no le echarás el guante al profesor Migasura.

—El policía te dijo que Migasura había muerto en su laboratorio.

—No, Raymond, se me olvidó decirte antes que otra persona vio al profesor Migasura en el interior de un automóvil.

—Gracias por el informe.

—Tú ya lo sabías. Fuiste el último en salir de aquel laboratorio, antes de que saltase por los aires. Tuviste oportunidad para saber que el profesor seguía con vida.

Ivanov dirigió una sonrisa a Raymond, y salió de la habitación.

Al quedar a solas, Duc lanzó un suspiro de alivio.

Sergio Ivanov era un buen agente, quizá el mejor de todos sus

competidores. No podía olvidar que Ivanov había logrado introducirse en Estados Unidos y sustituir a un sabio atómico mediante una fabulosa representación, ya que en su papel llegó a engañar hasta a la esposa del doctor. Debería tener cuidado con él.

Después de vestirse, relleno su pistola de balas y abandono la habitación para dirigirse al hospital donde trabajaba el doctor Yoshioka, el prometido de la doctora Sakao.

Pero al cruzar el vestíbulo del hotel, camino de la calle, se detuvo al ver a una persona que le era muy conocida.

Era la azafata Elke, la rubia gacela sueca.

Ella también lo vio a él, pero levanto la barbilla, al tiempo que apartaba la mirada.

—¡Qué sorpresa más maravillosa, Elke!

—Perdone, caballero, pero yo no lo conozco.

—¡Eh!, ¿qué te pasa?

—¿Quiere saberlo, señor? Se lo diré enseguida. A mí nadie me ha dejado plantada.

—Sería un tonto quien lo hiciese.

La sueca apretó los dientes y miró a Raymond con ojos relampagueantes.

—¡Tú me dejaste plantada, Raymond Duc!

—¡Oh, no, cariño! Eso no fue lo que realmente pasó. Tenía que vender una de mis máquinas.

—Viajaste muy lejos para venderla.

—Los japoneses son magníficos clientes nuestros.

—Te deseo mucha suerte en tu negocio.

La joven fue a marcharse, pero él la retuvo por el brazo.

—Elke, debes ser más comprensiva. ¿Te das cuenta de lo que es el destino? Nos separamos en París y han bastado unas horas para que nos volvamos a reunir en otro lugar, a miles de kilómetros.

—Quiero decirte una cosa, Raymond. Pedí voluntariamente cambiar de línea para alejarme lo más posible de ti. Supuse que te quedarías en Francia y que a mí me convenía el Japón.

—¿No te lo he dicho antes? Es el destino. Mientras tú creías alejarte, te acercabas más a mí.

—Eres muy romántico.

—Además, debes de admitir que Tokio es muy grande.

—Oh, sí, es muy grande.

—Pudiste ir a otro hotel... y has venido a parar, justo, al mío.

—¿Crees que es cuestión de horóscopo?

—No tengo la menor duda.

—Pues te diré cuál es el mío. Lo leí en una revista durante el vuelo. De acuerdo con mi signo, Capricornio, se me anuncia una gran aventura y encuentro inesperado con una persona desagradable. Y no podía imaginar que ese encuentro ocurriese tan pronto.

—Indudablemente, se refiere a otra persona y no a mí.

Raymond acercó su cara a la de ella y la besó en la nariz respingona.

—Cariño, te veré esta noche, no te comprometas con nadie.

La cara de ella tenía ahora otra expresión. Miraba a Raymond arrobadoramente.

—¿Cuándo, traidor?

—Te espero en el bar a las diez.

—A las ocho.

—A las nueve y media —dijo Raymond, y la besó suavemente en los labios.

—A las nueve.

—Sí, querida. A las nueve.

Duc decidió salir de allí cuanto antes o la cita tendría que ser en aquel momento, porque sentía muchos deseos de acompañar a Elke hasta su habitación.

Viajó en un taxi al hospital donde trabajaba el doctor Yoshioka.

En la recepción, una japonesa muy mona le dijo que Yoshioka estaba trabajando en el laboratorio y le indicó el camino a seguir.

Raymond subió en un ascensor hasta la segunda planta del edificio.

Cuando salió al corredor oyó un grito.

Abrióse una puerta al fondo y vio a una enfermera japonesa con el rostro demudado.

—¿Qué es lo que pasa, señorita?

La enfermera, con los ojos aterrorizados, señaló el departamento de donde había salido.

—¡Allí...! ¡Es horrible!

Y fue entonces cuando se desmayó.

Raymond la dejó en el suelo.

Penetró en la habitación y se detuvo al ver el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Por allí parecía haber pasado un ciclón. Mesas y sillas estaban volcadas y el instrumental del laboratorio yacía hecho pedazos.

Un hombre estaba de bruces en el suelo, inmóvil.

Raymond se agachó y le dio la vuelta.

El cuello de aquel hombre estaba convertido en un amasijo de huesos, carne y sangre.

Lo dejó otra vez en tierra y miró a su alrededor. Vio una barra de acero que estaba doblada en dos, muy cerca de la mano derecha del muerto. Observó la barra de acero. Resultaba increíble que alguien la hubiese podido doblar.

Se abrió una puerta interior y apareció un japonés, tambaleándose. También se cubría con una bata blanca.

—¡Dios mío, han matado a Yoshioka! ¡Fue usted!

—No, amigo, yo acabo de llegar —repuso el agente—. Hay una enfermera desmayada ahí fuera que lo testimoniará. ¿Qué le pasó a usted?

—Fui a salir. De pronto, alguien me golpeó. Quedé sin sentido.

—¿Vio a su agresor?

—No.

—¿Por qué cree que han matado a su compañero?

—No lo sé, Yoshioka era un buen hombre. Cumplía con su deber hasta el límite de sus fuerzas. Gran parte de su tiempo libre lo dedicaba a la investigación de la leucemia. Estaba ensayando un virus y cada día se sentía más esperanzado. Iba a presentar una ponencia en un congreso, próximo a celebrar en Estados Unidos. Habría servido mucho a la Humanidad... Y ahora está muerto...

Raymond quedó pensativo. No tenía la menor duda de que la muerte del doctor Yoshioka estaba relacionada con el profesor Migasura. Ahora el profesor había desaparecido de su laboratorio y la doctora Sakao estaba con él. Ése sería el motivo de la muerte de Yoshioka, el que fuese el prometido de la doctora Sakao. Indudablemente, el profesor Migasura quería instalarse en otra parte y no podía consentir que fuese localizado por nadie. Yoshioka era un peligro para él y por eso lo había eliminado.

Tomó otra vez el hierro y se lo mostró al japonés que había sido privado del sentido.

—Dígame, ¿para qué servía esto?

El japonés, que hasta entonces no había advertido aquella barra de acero, se quedó asombrado.

—Hay otras barras como ésa ahí dentro. Las trajeron para construir un nuevo andamiaje. Pero ¿cómo ha podido alguien doblar eso?

—Quizá Yoshioka para defenderse.

—Oh, no, Yoshioka no tenía la fuerza descomunal que se necesita para doblar la barra.

—¿Le habló Yoshioka de la doctora Sakao?

—Eran prometidos. Se iban a casar muy pronto.

—¿La doctora Sakao trabajaba para el profesor Migasura?

—Sí, la doctora Sakao estaba trabajando para Migasura en la investigación de injertos humanos. Me lo explicó Yoshioka.

—¿Dónde está la doctora Sakao?

—En Yamoto.

—Ya no está allí. El laboratorio del profesor Migasura sufrió un accidente.

—¿Quiere decir que también la doctora Sakao murió?

—No, la doctora Sakao se encuentra bien, pero a mí me gustaría saber dónde la puedo encontrar.

—Ahora recuerdo... Yoshioka me dijo que la doctora Sakao le había llamado por teléfono hace algunos días. La doctora dijo que quizá cambiase su lugar de trabajo. El profesor Migasura le había sugerido que trabajarían en una isla.

—¿Cuál?

—Eso no lo sé.

—¿Está seguro de que no nombró Yoshioka la isla?

—Desde luego.

—Gracias por todo.

Raymond echó a andar hacia la salida.

—Espere —dijo el japonés—. No me ha dicho quién es usted.

—A usted le debe bastar saber que soy el hombre que va a tratar de vengar a Yoshioka. Se lo prometo.

Raymond salió del laboratorio.

No tenía la menor duda de que Yoshioka se había tenido que enfrentar con uno de los monstruos creados por el profesor Migasura. ¿Pero cómo David podía haberse introducido en el

hospital sin ser visto?

Sólo cabía una respuesta. Yamanaka tenía razón.

Migasura había conseguido un robot con figura de ser humano.

CAPÍTULO VIII

Charles paseaba por la calle.

Quería ser como un hombre normal.

Había visto a occidentales como él. En Tokio había muchos en aquel momento. Se estaba celebrando la Olimpiada. Él ya sabía lo que era la Olimpiada. Una competición en que los hombres demostraban su habilidad en las carreras, en el salto...

Sintió deseos de ir al Stadium y correr también. Eso le produjo risa.

Había oído decir que un negro llamado Bob Hayes, y al que apodaban El Bólido Humano, había cubierto los cien metros en menos de diez segundos. Ningún hombre antes que aquel Hayes lo había conseguido. Era todo un récord. Pero él, Charles, tenía la convicción de que podría recorrer los cien metros en tres o cuatro segundos.

Se imaginó el espanto que produciría entre la multitud, si participaba en alguna de las competiciones que faltaban por celebrarse, la de los mil metros o mil quinientos. ¿Por qué no? Eso sería una demostración de su potencia, de que él era muy superior a los demás seres que habitaban el planeta.

De pronto, su tercer circuito se puso a emitir la señal.

El profesor Migasura quería establecer contacto con él.

Le bastó una presión en el quinto sistema para escuchar la voz del profesor:

—Charles, ¿me escuchas? Profesor Migasura, llamando a Charles.

Su voz interior contestó:

—Charles a la escucha, profesor. Hable.

Era maravilloso eso de estar hablando con el profesor Migasura,

sin mover los labios, mientras continuaba deambulando entre la multitud que llenaba las aceras.

—Charles, hay nuevas noticias acerca de Raymond Duc. El agente francés no murió en el laboratorio. Uno de nuestros hombres lo siguió. Logró escapar de allí... Visitó el hospital donde trabajaba Yoshioka, poco después de abandonarlo tú. Ha descubierto la muerte del prometido de Sakao.

—Comprendido, profesor.

—Acabo de hacer un tratamiento a la doctora Sakao con el «suero de la verdad». Quería conocer todo cuanto ella había dicho a Yoshioka. Sakao dijo a su prometido que nos iríamos a la isla, aunque no concretó su nombre. De todas formas, no quiero correr ningún riesgo.

—Usted quiere que mate a Raymond Duc.

—Pero tienes que hacerle hablar antes, por si él ha comunicado alguna cosa a otras personas.

—Sí, profesor.

—Ya sabes dónde se hospeda, Charles.

—Lo sé, profesor.

—Espero que cumplas tu misión sin extralimitarte. Sólo has de tener en cuenta las órdenes que yo te he dado.

—Obedeceré, profesor.

—En cuanto hayas terminado tu trabajo, quiero saber de ti.

—Me pondré en contacto con usted.

—Quiero que regreses cuanto antes a la isla. Todavía no ha llegado nuestra hora. Necesitas la colaboración de tus compañeros. Debes tener en cuenta que nos encontramos en una situación de emergencia.

—Sí, profesor.

—En la Isla Negra estaremos completamente seguros. Nuestra fortaleza es inexpugnable. Hay medio centenar de hombres armados con metralletas que tienen orden de abatir a cualquier hombre que se acerque a la costa... Cuando haya llegado nuestra hora, iniciaremos desde allí la «gran conquista». Ahora debemos tener paciencia.

—De acuerdo, profesor.

—Voy a cortar, Charles. Dejo en tus manos a Raymond Duc.

El tercer circuito dejó de emitir señales.

De pronto, una mujer tropezó, con Charles. Era una japonesa. Se le cayeron varios paquetes. Charles le ayudó a recogerlos.

—Es una lástima que haya comprado este regalo, señora —dijo Charles, dándole uno de los paquetes que había recogido—. La persona a la que va destinado, acaba de morir.

—¿Cómo? ¿Qué dice? Es mi tercer hijo. Está en Yokohama. Le he comprado una cartera.

Lo siento, señora, pero él ha muerto. Lo acaba de atropellar un automóvil.

—Está usted loco.

Charles sonrió, hizo un saludo y se alejó de la japonesa.

Si el profesor se enterase de lo que acababa de hacer, le recriminaría, diciéndole que había cometido un error. Pero eso no tenía importancia. NO había podido resistir la tentación de decir a aquella mujer lo que le estaba ocurriendo en aquel momento a su hijo. Le había bastado rozar la mano de aquella mujer y tocado el paquete para saberlo todo.

Poco después entraba en el hotel Lafayette.

Acabaría cuanto antes con Raymond Duc, pero primero tenía que hacerle hablar.

Preguntó a un empleado del registro por la habitación de Duc y subió en el ascensor.

La habitación de Raymond Duc era la 124.

La puerta estaba cerrada con llave. Envío la onda apropiada y pudo abrir por el sencillo procedimiento de hacer girar el tirador.

Pasó al dormitorio, pero allí no estaba Duc, ni tampoco en el cuarto de baño. Lo esperaba.

Iba a darle una gran sorpresa a Raymond Duc.

Sonrió pensando en ello.

* * *

Raymond Duc estaba hablando con su compatriota, el doctor Hougron.

En la Embajada francesa le habían dicho que el profesor Hougron era un especialista en Cibernética y que estaba realizando investigaciones en varios centros japoneses dedicados a esta especialidad.

Raymond había logrado localizar al doctor en el hotel, cuando Hougron se disponía a embutirse en un frac para asistir a una reunión de alto nivel científico en la Universidad de Tokio.

—¿Conoce al profesor Migasura, doctor Hougron?

—Todos cuantos estamos relacionados con la Cibernética conocemos al profesor Migasura. Fue uno de los mejores especialistas en su clase.

—¿Por qué dice fue?

—Ya se retiró.

—Tengo pruebas de que no ocurrió eso, doctor Hougron. Migasura ha continuado fabricando sus robots... Sólo le he dicho mi nombre, pero ahora me veo obligado a darle mi verdadera identidad: pertenezco al Deuxième Bureau.

El doctor Hougron estaba por los sesenta años de edad, poseía cabello blanco, rostro de facciones apacibles.

—¿Quiere decir que está realizando en Tokio algún trabajo relacionado con su profesión?

—Tiene que ver con el profesor Migasura. —Raymond hizo una pausa—. Doctor Hougron, puede servirme de gran ayuda.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Suponga que el doctor Migasura ha conseguido un robot con apariencia humana.

—Es una idea un poco fantástica.

—¿Por qué, profesor?

—No conduciría a nada. El robot ha sido creado para prestar servicios a la Humanidad. Dar apariencia humana a un robot, significaría un gasto superfluo.

—¿Pero se podría conseguir, doctor?

—Sería muy difícil, pero no imposible. Habrían de solucionarse problemas muy complicados... En primer lugar, está el movimiento normal de un ser humano. Recuerde cómo se mueve usted o véame a mí cómo me desplazo de un lado a otro —el doctor Hougron acompañó sus palabras con unos pasos—. ¿Ha visto un robot, señor Duc?

—Sí, he visto en acción un par de ellos y los dos eran obra del profesor Migasura, pero el mismo profesor confesó que habían sido fabricados por él hace muchos años... Desde entonces, imagino que se habrán conseguido muchos avances. Por ejemplo, en Anatomía

Plástica.

—Parece estar enterado de eso.

—No tengo más remedio que estarlo para llevar a cabo mi trabajo, doctor Hougron.

El hombre de ciencia emitió un gruñido de asentimiento.

—Sí, se han conseguido muchos avances en Anatomía Plástica. Usted supone que a uno de esos muñecos mecánicos se le podría proporcionar una configuración humana.

—Exactamente, profesor.

—De todos modos, pienso que el profesor Migasura, y lo cito porque habla de él, tendría que haber perfeccionado mucho su robot para hacerlo pasar por un ser humano.

—Doctor, lo que yo quiero decirle es lo siguiente. Suponga que el profesor Migasura ha conseguido crear ese extraño individuo.

—Sería el más poderoso del planeta, si el profesor Migasura hubiese logrado introducir en su cuerpo un sistema de circuitos completos. Sinceramente, señor Duc, usted me está produciendo miedo.

—¿Ya empieza a temer que ese hombre sea una realidad?

—No ha hablado personalmente nunca con el profesor Migasura, pero he leído algunas de sus obras. Debo decirle que me impresionaron mucho. Y no precisamente por sus conocimientos científicos, sino por la filosofía en que parecía basar sus conocimientos teóricos.

—¿Qué filosofía es ésa, profesor Hougron?

—Usted habrá oído hablar de ella. La de la raza superior.

—Sí, doctor Hougron, he oído hablar mucho del superhombre y de los locos que han defendido esa doctrina.

—Sería muy doloroso para la Humanidad que la Cibernética fuese empleada para su destrucción.

—Vamos a admitir la hipótesis de que ese ser ha sido creado. ¿Cómo se podría luchar contra él, lograr su destrucción?

—No se podría conseguir con las balas, desde luego. He sido testigo de algunos experimentos realizados con muñecos formados con un producto plástico. Es asombroso. Las balas no dejan ninguna huella en él. Se limitan a enterrarse. Usted no es un especialista y no puedo darle una explicación científica. Para sus efectos sólo le diré una cosa. Esa carne plástica, llamémosla así, no es afectada por

ninguna clase de proyectiles conocidos.

—En ese caso, si el ser está protegido por el plástico, las balas jamás podrían llegar a destruir la poderosa maquinaria que hay en su interior.

—Exactamente, señor Duc.

—Pero debe tener un punto vulnerable.

—Lógicamente ha de ser el hueco utilizado para el relleno de sus complicados mecanismos.

—¿Podría ser la cabeza, doctor?

—Si yo crease un robot de esa clase, indudablemente elegiría la cabeza.

—Entonces alguien podría quitársela.

—No creo que nadie pueda hacer eso.

—¿Por qué no?

—Tenga en cuenta que el robot ha de estar en una quietud absoluta para conseguir quitarle la cabeza, y un muñeco de esa clase jamás necesitaría descansar. Piense que él sólo sería una máquina, a pesar del aspecto humano que usted ha querido darle.

—Supongo que logro quitarle la cabeza.

—Entonces bastaría estropear su circuito central para que el robot se detuviese.

—Gracias, profesor.

—No sé si existirá ese monstruo que usted ha descrito, pero suponiendo que fuese así, sería mucho mejor para usted que no se atreviese a acercársele. Un monstruo de esa clase sería capaz de desarrollar en cada uno de sus brazos la fuerza de la grúa más potente.

—Me da muchos ánimos, profesor —sonrió Raymond.

Minutos después, el agente del Deuxième Bureau se encaminaba al hotel Lafayette.

Charles oyó pasos al otro lado de la puerta. Sonrió pensando que al fin llegaba Raymond Duc.

La puerta se abrió de golpe, pero Charles no vio en el hueco a un hombre sino a una mujer de gran belleza.

—Perdone —dijo ella—. ¿No es ésta la habitación de Raymond Duc?

—Sí, pero él no está.

—¿Quién es usted?

—Soy Pierre, un amigo de Raymond.

—¿Trabajan juntos?

—Exactamente, señorita.

La joven sonrió alargándole la mano.

—Soy Elke Soelstrong.

Charles apretó la mano femenina.

—Encantado de conocerte, Elke.

—Raymond y yo quedamos citados en el bar del hotel, pero se me ocurrió pasar antes por aquí por si ya había llegado.

—No debe tardar. Yo también lo estoy esperando. Llevamos conjuntamente un negocio y hemos de discutir algunas cuestiones importantes.

Elke sintió una extraña sensación mientras miraba a aquel hombre. Nunca había visto unos ojos como los de él. No sabía definir lo que la embargaba. Por un momento, cruzó por su mente la idea de que Pierre fuese un hipnotizador.

—He de volver a mi habitación —dijo Elke—. Olvidé un broche. Si viene Raymond, recuérdale que le estoy esperando en el bar.

—De acuerdo, Elke.

La joven le dirigió una sonrisa y salió de la estancia.

Charles quedó nuevamente a solas.

Elke era la mujer más hermosa de todas cuantas había visto hasta ahora y ella había demostrado tener interés por Raymond Duc. Lo había leído en su pensamiento. Estaba enamorada del francés. Pero ella no volvería a ver vivo a Raymond Dud. De eso se iba a encargar él.

* * *

Raymond cruzaba el vestíbulo del hotel, cuando vio a Elke que salía del ascensor.

—Buenas noches, Elke.

—Hola, Ray. Justamente me dirigía al bar.

—Vamos, te acompañaré.

—¿Es que no vas a ver a tu amigo?

—¿A qué amigo te refieres?

—A Pierre.

—Bueno, tengo unos cuantos amigos que se llaman así, pero

ninguno de ellos se encuentra en Tokio. ¿Cómo es ese Pierre?

—De unos treinta años, moreno, ojos negros, alto y bastante guapo. Viste muy elegante.

—No lo recuerdo.

—Entré en tu habitación por si estabas allí y lo encontré a él. Dice que trabajáis en el mismo negocio.

Raymond había pensado en la posibilidad de que su supuesto amigo fuese alguno de los agentes competidores, pero la descripción de Elke no dejaba lugar a dudas. No era Sergio, ni Weldon, ni Gregory del Intelligence Service...

Aquella descripción coincidía con la que Yamanaka había hecho del robot del profesor Migasura y que respondía al nombre de Charles.

—Querida, ¿me quieres hacer un favor? Espérame aquí. Tienes razón, conozco a ese Pierre, y he de liquidar un asunto con él.

—Tu amigo es muy extraño, Ray.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sabría definir.

—Anda, sé buena chica y vete al bar. Me reuniré contigo enseguida.

Le dio unas palmadas en la mejilla y la empujó al bar.

A continuación, Ray se introdujo en el ascensor.

Cuando salió de la jaula, sacó la pistola, pero entonces recordó que el arma no le serviría para nada, si es que su visitante era el robot de Migasura.

Guardó otra vez la pistola y se fue acercando lentamente a la puerta de su habitación. Titubeó todavía unos segundos, pero por fin sacó la llave y la introdujo en la cerradura.

Entró en el apartamento, silbando.

A su derecha vio a un hombre sentado en una silla.

—Hola, Charles.

Charles se puso en pie.

—¿Me conoce?

Raymond habló sin mirarle.

—¿Cómo está el profesor Migasura?

—¿Quién?

—El profesor Migasura, su patrón. Ya sabe, el tipo que lo escupió al mundo.

Charles estaba asombrado.

Raymond sacó un cigarrillo y lo encendió. Mientras arrojaba el humo dijo, siempre eludiendo la mirada de Charles:

—¿Adónde fue el profesor Migasura?

—A la Isla Negra.

—Gracias por su confianza.

—No se preocupe. Puedo contarle muchas cosas más porque le queda muy poco tiempo de vida.

—No dramatice, Charles. Recuerde lo que le dijo a Elke. Somos amigos.

—Ya entiendo. Fue ella quien le habló de mí.

—Quiero que se entregue para responder por el asesinato del doctor Yoshioka.

Charles soltó una carcajada.

—Eso sería muy bueno, señor Duc. Me gustaría ser juzgado y que me condenasen a la última pena. ¿Se da cuenta? Nunca podrían matarme. Ya sé que ustedes utilizan diversos procedimientos para acabar con los condenados a muerte: La silla eléctrica, la cámara de gas, la horca, el fusilamiento... Pero ¿sabe una cosa, señor Duc? Ninguno de esos medios sería útil para acabar conmigo. Yo, en cambio, puedo acabar con cualquiera de ustedes con una simple presión de mis manos.

—Ya vi cómo dejó el cuello de Yoshioka.

—Es como estará su cuello dentro de unos instantes.

Raymond continuaba fumando con aire indiferente. Tenía que lograr que el robot se acercase. Luego saltaría sobre él y trataría de quitarle la cabeza. Era la única manera de vencerlo.

De repente, se abrió la puerta y una voz dijo:

—Quieto todo el mundo.

Por el hueco entraron tres personas.

Raymond conocía a las tres.

Eran Sergio Ivanov, la alemana Ingrid Gorman y el gordo Fritz Cara Ancha.

Sergio y Fritz manejaban sendas pistolas provistas de silenciador.

CAPÍTULO IX

El ruso Ivanov rió.

—Eh, Raymond, te pillamos con las manos en la masa.

—Hola, muchachos. Bienvenidos a la reunión.

La alemana Ingrid se ahuecó el cabello mientras miraba atentamente a Charles.

—¿Quién es este buen mozo?

—Perdona, Ingrid, te lo presentaré —repuso Raymond—. Es Charles, un gran amigo mío.

—Déjate de tonterías, Ray —intervino Ivanov—. Sabemos que es un mensajero del profesor Migasura. Estás en tratos con él, pero te lo vamos a quitar de las narices.

—¿Qué es eso de que me lo vais a quitar?

—Nos lo llevamos con nosotros. Ingrid ha consentido en trabajar conmigo. Nos dividiremos al cincuenta por ciento el secreto de Migasura, y este muchacho tan amable que responde al nombre de Charles nos va a servir de ayuda.

—¿Qué dices tú, Charles? —sonrió Raymond.

El robot hizo una mueca.

—Me molesta tanta gente.

—¿Yo también, rico? —dijo la alemana—. ¿No crees que lo pasaríamos bien tú y yo a solas?

Raymond cabeceó.

—Eh, Charles, por si no conoces el significado, ella te está ofreciendo un hermoso plan.

Fritz Cara Ancha se acercó a Charles.

—Anda, muchacho, levanta los brazos para que yo pueda desarmarte.

—Eres un imbécil —dijo Charles.

Fritz parpadeó confuso. Tenía una pistola en la mano y aquel hombre se atrevía a desafiarle.

—Un fanfarrón, ¿eh? ¿Sabes una cosa, Charles? A los tipos como tú me gusta marcarlos.

—¿Y dónde los marcas?

—En la cara.

Fritz levantó rápidamente la mano armada y golpeó con el cañón el maxilar inferior de Charles.

Fue un golpe tremendo, pero Charles ni siquiera parpadeó.

Fritz dio un grito.

—Maldita sea, me ha hecho daño en el brazo —miró asombrado la barbilla de Charles— Fue como golpear en una pelota maciza.

—Te voy a triturar los huesos, alemán —dijo Charles.

—Levanta el brazo y te vacío el cargador en las tripas.

Charles levantó el brazo.

Fritz hizo fuego sin pestañear.

Pero Charles se quedó tal como estaba.

Alargó la mano y atrapó a Fritz por el cuello. Cara Ancha disparó tres veces más. Luego todos vieron cómo su cara se congestionaba.

Sonó un crujido cuando sus vértebras saltaron como si fuesen de escayola.

Sergio Ivanov disparó también.

Y todos pudieron ver el agujero que apareció en el costado de Charles.

Charles levantó a Fritz como un pingajo y lo arrojó contra la pared.

Fue como si Fritz hubiese sido escupido por un cañón. Al estrellarse contra el muro, se extendió mucho y luego resbaló hasta llegar al suelo.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Ingrid, llena de pánico.

—¿No lo querías sólo para ti? —dijo Ray.

—Es un monstruo.

Sergio disparó otra vez, sin resultado.

—Sergio —dijo Raymond—, estás disparando contra un robot creado por la mente del profesor Migasura. Sólo puede ser vencido si logramos quitarle la cabeza y alteramos su dispositivo. Quizá lo consigamos si saltamos sobre él al mismo tiempo. Pero hemos de

tener cuidado de que no nos atrape con sus brazos o nos convertirá en pingajos, lo mismo que a Fritz.

El ruso reflejaba en su cara una gran estupefacción porque las palabras de Raymond difícilmente se abrían paso en su mente.

—Anda, Sergio —habló otra vez Duc—. Guarda esa pistola y prepárate para la lucha.

Charles reía orgulloso, consciente de su poderío.

—Os voy a matar a todos. Sólo sois unos pobres seres humanos. Bastará una simple presión de mis dedos para que os deshaga...

El ruso guardó la pistola.

—Listo, Ray —dijo.

La alemana Ingrid estaba paralizada, el rostro tan blanco como el yeso.

Raymond y Sergio Ivanov se fueron acercando a Charles, cada uno por un lado.

El ruso saltó por detrás de Charles. Logró pasarle los brazos por las axilas en una llave de judo.

Raymond se arrojó sobre las piernas de Charles.

Los tres cayeron en el suelo.

—¡Ya lo tengo! —gritó Sergio.

—¡La cabeza, muchacho! ¡Quítale la cabeza!

Charles emitió una siniestra carcajada.

Levantó una de sus manos que llevó hacia su espalda y atrapó a Sergio por el hombro.

El ruso lanzó un aullido de dolor.

Raymond subió sus brazos por el cuerpo de Charles, hacia la cabeza.

Por fortuna para él, Sergio tenía atrapada una de las manos de Charles y la otra mano del robot estaba ocupada en atacar al ruso.

Raymond buscó el cuello de su enemigo. Sabía que era la única forma de inutilizarlo, aunque se concedía a sí mismo muy pocas posibilidades.

Sus dedos palparon una protuberancia, lo cual le demostró que Yamanaka había visto bien.

Algo voló por encima de su cabeza, pero no miró siquiera lo que era, porque se imaginó que sería Sergio.

Apretó con todas sus fuerzas la protuberancia y aplicó la mano en la barbilla de Charles.

Dio un fuerte tirón y sonó un chasquido.

La cabeza de Charles se separó del cuerpo.

La alemana Ingrid soltó otro histérico chillido.

Raymond vio cómo el brazo de Charles avanzaba sobre su cabeza. Al robot le bastaría un zarpazo para desprenderse de él.

Raymond introdujo su mano por el hueco del cuello.

El brazo de Charles empezó a caer y alcanzó a Ray en la sien.

El golpe no fue muy fuerte, pero Duc rodó por el suelo, quedando aturdido.

Charles atrapó la cabeza que había quedado en el suelo y se la puso.

Desarrolló el circuito que le ponía en contacto con el profesor Migasura.

—Charles, llamando al doctor Migasura, Charles llamando al doctor Migasura.

—¿Qué pasa, Charles? Contesta.

—Estoy herido, profesor.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

Fue cosa de Raymond Duc. Logró quitarme la cabeza y me afectó el tercer y cuarto circuito. He perdido mi fuerza. Por favor, profesor, arrégleme desde ahí.

—No puedo, Charles.

—Tiene que hacerlo, profesor.

—Obedéceme, Charles. Sal inmediatamente del hotel. Regresa a la isla. El hombre sigue esperando en el muelle. Dale la consigna.

—Pero, profesor, no podré resistir el viaje. Le repito que las fuerzas me abandonan.

—Llegarás bien, Charles, y lo podremos solucionar aquí. No pierdas el tiempo. Huye.

—Está bien, profesor. Salgo...

Charles se dirigió hacia la puerta.

Ingrid continuaba aterrorizada, hasta el punto de que sus piernas se negaban a ponerse en movimiento. Gritó otra vez.

Charles la golpeó en la cara y a pesar de que había perdido gran parte de su fuerza, la joven cayó en el suelo desvanecida.

Charles salió luego de la habitación. Bajó por la escalera.

Cuando cruzaba el vestíbulo del hotel un poco tambaleante, Elke le salió al encuentro.

—¿Qué le pasa, Pierre? Parece que ha bebido.

—Sí, tomé un poco de alcohol.

—¿Y Raymond?

—Está arriba, en su habitación.

Charles miró a los ojos de Elke. Sí, era muy bonita aquella muchacha.

La joven se sintió embargada otra vez por aquella extraña sensación, como invadida por el sueño.

—Elke —dijo Charles.

—¿Qué, Pierre?

—Vas a venir conmigo.

—Pero Ray me espera. Bajaré de un momento a otro.

—Te conviene venir conmigo. Vendrás a un lugar donde estarás muy bien. Tendrás descanso, paz. Soy tu amigo... Me preocupo por ti, has de acompañarme.

—Sí, Pierre, iré contigo —respondió Elke, perdida la voluntad.

Charles tomó a la joven por el brazo y los dos juntos salieron del hotel.

CAPÍTULO X

Raymond Duc se levantó tambaleante y salió de la habitación.

Bajó la escalera todo lo aprisa que pudo, cruzó el vestíbulo del hotel y salló a la calle. Pero no vio rastro alguno de Charles.

Volvió a entrar en el hotel y se acercó a un empleado que se hallaba tras el mostrador, a quien dio las señas de Charles.

—Sí, señor. Vi a ese hombre, salió hace unos minutos, pero no iba solo. Lo acompañaba esa señorita que es azafata.

Raymond sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿De qué azafata hablas? —preguntó, a pesar de que sabía quién era ella.

—La sueca, la señorita Elke.

Ray cerró los ojos y los volvió a abrir. El condenado Charles no había podido con él, pero en su huida se había llevado un rehén, justamente la persona con la que podía hacerle más daño.

—Muchacho, ¿tienes un mapa del Japón?

—Puedo proporcionarle uno.

Segundos después, Ray buscaba en el mapa la Isla Negra, pero no la vio por ninguna parte.

Era natural, pues en el Japón hay miles de islas. Eso iba a formar parte también de su investigación y lo peor era que iba a perder un tiempo precioso.

Preguntó al empleado del hotel por algún marinero buen conocedor de las islas.

—Tengo el hombre que necesita. Es mi cuñado, señor Duc. Se llama Hirikawa —agregó dónde lo podría encontrar.

Raymond dio una propina al empleado.

Poco después tomaba un taxi.

Hirikawa vivía en el barrio de los pescadores.

Raymond subió por una escalera maloliente, llamó a una puerta y le abrió una vieja.

—Quiero hablar con Hirikawa.

La vieja sonrió, e hizo una señal con la cabeza para que Raymond pasase.

En el fondo de la habitación dos niños jugaban con un hombre. Éste se levantó y recibió sonriente a su visitante.

Hirikawa sabía inglés, de modo que se pudo entender con Ray.

—Quiero ir a la Isla Negra, Hirikawa —dijo Duc.

El pescador se quedó pensativo y luego sacudió la cabeza.

—No sé dónde está esa isla.

—He de encontrarla cuanto antes. Recibirás una buena recompensa.

—Venga conmigo. Iremos a un bar, allí hay muchos compañeros míos, viejos y jóvenes. Quizá alguno sepa dónde está la Isla Negra.

Raymond empezó a temer que nadie conociese la existencia de la isla del profesor Migasura. ¿Y si el propio profesor hubiese bautizado aquella isla con el nombre de Isla Negra?

Entraron en el bar, que estaba lleno de un público chillón.

Raymond bebió en el mostrador mientras Hirikawa iba de un lado a otro preguntando a sus compañeros.

De vez en cuando, el pescador se volvía para hacerle un gesto negativo.

Ray pensaba que Elke estaría corriendo un grave peligro.

Por fin vio aproximarse a Hirikawa con un anciano.

—Señor Duc, éste es Sendai, el más viejo de todos los pescadores de Tokio y probablemente del Japón... Ya cumplió los ochenta y tres años, y todavía sale al mar...

Raymond dijo que celebraba mucho conocerle.

—¿A usted le interesa ir a la Isla Negra?

—Sí. ¿La conoce?

—No. Pero imagino que deben llamar así a una de las islas del archipiélago Zeni Su.

—Eso está en el sur de Tokio —dijo Raymond—. Lo vi en el mapa.

—Sí, señor Duc, pero en el mapa usted habrá visto tres o cuatro islas.

—Eso me parecieron, tres o cuatro.

—En el mapa no pueden incluir un centenar más, algunas insignificantes, de media milla tan sólo de extensión, pero otras de tres o cuatro millas.

—¿Por qué cree que la Isla Negra puede estar entre ellas?

—Porque tienen ese color. Le advierto que es un verdadero laberinto. Muy pocos pescadores se atreven a cruzarlo. En mis tiempos jóvenes, entre los pescadores había una verdadera competición para demostrar la habilidad. Entre nosotros existían verdaderos desafíos para cruzar las islas de Zeni Su.

—Yo he de ir allí, Sendai, aunque no se trata de ninguna apuesta... Una mujer ha sido secuestrada y tengo fundadas sospechas para creer que ha sido llevada a una de esas islas.

—¿Ha llamado a la policía?

—No. Sendai, si hiciese intervenir a la policía japonesa, estoy seguro de que mi amiga perdería la vida.

El viejo Sendai volvió su cara hacia Hirikawa.

Hablaron los dos en japonés.

Luego Sendai dijo a Raymond:

—Yo iré con ustedes en la embarcación de Hirikawa.

—Debo advertirles antes que la misión puede ser peligrosa si los secuestradores de mi amiga nos descubren. Podría costarnos la vida.

—Hace mucho tiempo que no corro una aventura —contestó Sendai con una sonrisa.

—Les pagaré bien a los dos —dijo Raymond.

—Yo no lo hago por dinero —repuso Sendai.

Fueron al muelle, en donde estaba la embarcación de Hirikawa, una pequeña lancha, casi un cascarón de nuez.

Hirikawa ya había saltado dentro y Raymond ayudó a Sendai.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—¿De pesca, amigo Ray?

Duc volvió la cabeza y vio a dos hombres acercarse en la oscuridad.

Había reconocido la voz del que le había hablado. Era Weldon, el hombre del CIA. Pero enseguida identificó también al otro. Gregory Lange, el muchacho del Intelligence Service.

—Me habéis estado siguiendo, ¿eh?

—Verás, Ray —contestó Weldon—, tú sabes que en nuestra profesión la curiosidad es muy grande. A Gregory se le ocurrió

hacerte una visita en la habitación del hotel, pero al llegar allí se encontró con un buen panorama. El alemán Fritz estaba muerto, como si hubiese pasado por encima de él un tren expreso. El ruso Sergio tenía una clavícula rota, y la pelirroja Ingrid no podrá presumir de bella en unos días.

—¡Oh, sí! Peleé con ellos, me enfurecieron.

Gregory Lange emitió una risita por lo bajo.

—Estás muy fuerte esta temporada, Ray.

—Hago gimnasia en París.

—No digas bobadas. Tú jamás podrías dejar a un hombre en el estado en que se encuentra Fritz. Ha quedado materialmente deshecho. Me dio la impresión de que había estado pegado un rato en la pared. Sólo un cañón lo hubiese arrojado como una bala.

—¿Quieres que haga una prueba contigo, Gregory? Puedo dejarte aplastado entre esa pila de sacos.

—Vamos, empieza —dijo el agente del Intelligence Service.

Weldon, el agente del CIA, intervino poniéndose entre los dos rivales.

—Eh, muchachos. ¿No creéis que es estúpido pelear entre nosotros? Todos tenemos el mismo interés en este asunto. ¿Qué os parece si unimos nuestras fuerzas?

—Hasta la vista —contestó Ray.

Weldon hizo chascar la lengua.

—Duc, sabemos otras cosas del asunto. Hablamos con la alemana y nos contó la historia de cierto robot.

—Oh, sí, se refiere a un muñeco que se le metió en el dormitorio la noche pasada.

—Habló de un robot con figura humana. Fue él quien arrojó contra la pared al alemán. Luego perdió la cabeza en la pelea que sobrevino. Al final, logró desembarazarse del ruso y de ti. Se puso la cabeza sobre los hombros, golpeó a Ingrid y se marchó por su propio pie.

Raymond se echó a reír.

—¿Creéis la historia? Apuesto a que a la alemana le afectó la muerte de su compañero.

—Sí, admitimos que estaba histérica, pero Gregory y yo estamos dispuestos a creerla un poco. Por lo menos, hasta que se nos demuestre que es una fábula al cien por cien. Si te sirve de algo,

hablamos también con el empleado del hotel que vio salir al supuesto robot de carne y hueso. En fin, ya te puedes imaginar que nos mostramos muy interesados cuando nos dijo que tú habías preguntado por cierta isla. Gregory y yo decidimos que valía la pena seguirte.

—Habéis perdido el tiempo.

—Ray, todos sabemos que el profesor Migasura es una eminencia en la Cibernética... Es difícil admitir que él ni nadie pueda conseguir un robot con figura humana. Pero ¿no es éste el siglo de los descubrimientos que aterran a la Humanidad? Te quieres embarcar en esa lancha con un marinero y un viejo. ¿No crees que es demasiado para ti solo? Gregory y yo somos tan occidentales como tú, y estoy seguro de que si Migasura dio en la diana, es el mundo entero el que peligra.

—Eres un muchacho inteligente.

—Gracias, Ray. Sabía que lo comprenderías.

—Un momento, Weldon. Te conozco a ti y también conozco a Gregory. En cuanto podáis, trataréis de jugármela.

—¿Quién dice eso, muchacho?

—Yo lo digo. Y no repitas otra vez que formamos parte de la misma civilización occidental. Cuando os lo he recordado en cualquier asunto, no habéis levantado ni siquiera un dedo en mi favor. Pero será mejor que esta vez caminemos juntos, o de lo contrario empezaré a olvidarme de que tenemos el mismo color de la piel.

—Tienes nuestra palabra de que jugaremos limpio, ¿verdad, Gregory?

—Seguro, Ray —asintió Gregory—. Éste será un gran equipo en el que haremos un juego de conjunto.

Raymond no se fiaba mucho de sus compañeros, pero comprendía que en caso de peligro, serían tres a luchar contra el profesor Migasura. Suponiendo que dieran con su escondite, el sabio japonés de la Cibernética habría tomado las medidas para que su refugio fuese inexpugnable.

—Adentro, muchachos —dijo Ray.

De esa forma, los tres agentes, el del CIA, el del Intelligence Service y el del Deuxième Bureau, embarcaron conjuntamente para iniciar el viaje hacia el archipiélago de Zeni Su, donde estaría

ubicada la Isla Negra del profesor Migasura.

CAPÍTULO XI

Charles estaba enfrentado al profesor Migasura.

Elke se encontraba sentada en un diván. Seguía presa de extrañas sensaciones, pero ahora que no la miraba Charles, tenía la impresión de que estaba despertando de un largo sueño.

El profesor mostraba los ojos inyectados en sangre. La furia se había apoderado de él.

—Charles, ¿por qué obraste por tu propia cuenta?

—Me limité a seguir sus instrucciones, profesor.

—Eso no es cierto. Te entretuviste demasiado con Raymond Duc. Debiste obligarle a hablar enseguida. Fue él quien te engañó dándote conversación. Naturalmente, te sentiste muy poderoso. Pensaste que Duc no tenía ninguna posibilidad de ganar. Que podrías deshacerlo en cuanto quisieses. Y por eso diste tiempo a que se presentaran los otros.

—Fue una mala suerte.

—¿Cómo puedes hablar de mala suerte con tu tremendo poder, Charles? Raymond Duc te ganó la partida.

—No diga eso —exclamó Charles, con los puños apretados.

—Lo que no me explico todavía es la forma en que logró quitar tu cabeza, introducir su mano en tu mecanismo y afectar tus dos circuitos, justamente el de la inteligencia y el de la fuerza.

—Se lo advertí a usted, profesor. Quizá lo notó en la protuberancia del cuello. Raymond Duc debió suponer que podría decapitarme y llegar hasta el fondo del mecanismo. Quiero ser un hombre perfecto, absolutamente perfecto, y para ello tiene que fundirme la cabeza al resto del cuerpo.

El profesor Migasura entornó los ojos. Sí, él podía hacer aquello que le pedía Charles, pero entonces podía ocurrir lo que más temía;

que Charles se rebelase.

—Lo pensaré, Charles.

—Tiene que hacerlo.

—He dicho que lo pensaré.

Mientras tanto, Elke había recuperado plenamente sus facultades. Miraba perpleja a su alrededor. Se encontraba en un inmenso salón con paredes de cristal, misterioso como el decorado de un film de ciencia-ficción.

Estaba oyendo las voces desde hacía un rato, y entendió las últimas palabras pronunciadas por el occidental que la había llevado hasta allí. Fueron bastantes para conocer la verdad. Que aquel Pierre, o Charles, era sólo un muñeco con figura de humano, y que el profesor Migasura era su inventor.

Ahora el japonés señaló a la joven.

—¿Por qué la trajiste aquí, Charles?

—Pensé que le gustaría tenerla como rehén.

—Ésa no es la verdadera razón, ¿verdad, Charles?

—¿Qué quiere decir?

—La trajiste porque te gusta.

—Muy bien, me gusta. —Charles rió con las pupilas brillantes.

—¿Cómo definirías tus sentimientos hacia ella?

—Son muy difíciles de explicar.

—Trata de hacerlo, Charles.

—Quisiera acariciarla.

—¿Qué más?

—Abrazarla.

—Continúa.

—No lo sé, es todo muy extraño.

—Sí, Charles. Tienes razón, ya suponía que alguna mujer despertaría en ti algunas sensaciones que te eran desconocidas. Pero me alegro de que me lo digas, porque estoy en el buen camino... Tenía una duda, pero tú la estás disipando. Es posible que perfeccione a tus hermanos. Sí, quizá ellos posean un poder que tú no posees todavía.

Charles sintió crecer en su interior un odio terrible contra aquel hombre. Le había prometido que él sería el jefe de sus hermanos cuando estuviesen en el mundo. Y ahora el profesor se atrevía a decir que sus hermanos tendrían un poder que él no tendría. Eso no

lo consentiría jamás.

De pronto, la joven echó a correr hacia una puerta de cristal.

El profesor Migasura y Charles permanecieron quietos. Elke llegó hasta la puerta y trató de abrir.

—No puede escapar, señorita Soelstrong —dijo Migasura—. Quiero salir de aquí.

—Es mi invitada.

—Yo no acepto su invitación.

—Es usted muy bonita, señorita, pero también resulta bastante ingenua. Ha venido aquí en calidad de prisionera.

—Pero ¿por qué quiere retenerme?

—¿No lo oyó? Usted le gusta a Charles.

—El no me gusta a mí.

—Quizá se acostumbre a él.

—¿Yo acostumbrarme a ese monstruo? Está loco.

El profesor Migasura rió de buen humor.

—¿Lo has oído, Charles? Parece que no has despertado sentimientos recíprocos en nuestra linda joven.

Charles echó a andar hacia Elke mirándola fijamente a los ojos.

La sueca se puso las manos sobre los ojos.

—¡No me mire!

Se había sentido invadida otra vez por aquella extraña sensación.

Charles se detuvo delante de ella y siguió mirándola. Elke bajó la mano poco a poco y observó ahora a Charles.

Otra vez había sido vencida por la hipnosis.

—Charles —dijo el profesor—, déjala quieta.

—Me gusta estar con ella.

—Ahora he de ensayar contigo en el laboratorio. Sólo te arreglé provisionalmente esos circuitos. He de hacer un cambio.

—Sí, profesor. ¿Qué va a pasar con ella?

—Ordenaré que la lleven a una habitación.

—Quiero verla luego.

—Claro que sí, Charles. La verás. No te preocupes.

El profesor Migasura apretó un timbre y aparecieron dos criados que se cubrían enteramente de negro.

—Llevad a la muchacha a la habitación de los espejos. Cuando los dos criados hubieron sacado a Elke de la sala, Migasura dijo:

—Anda, Charles, ven conmigo al laboratorio.

Charles estaba pensativo. Muy pronto se rebelaría contra el profesor Migasura, pero eso sería algo que su creador no debía saber.

Dócilmente, echó a andar hacia el laboratorio.

* * *

La embarcación de Hirikawa surcaba las peligrosas aguas del archipiélago de Zeni Su. Estaba amaneciendo ya.

Raymond Duc despertó frotándose los ojos. Miró a sus pies. Weldon Forbes y Gregory Lange dormían todavía.

Vio las islas rocosas que emergían del agua, de un color negro.

Entró en la cabina, donde se encontraban Hirikawa y Sendai.

Hirikawa seguía las instrucciones que le daba el anciano para burlar los remolinos que la embarcación encontraba a su paso.

—Ya hemos llegado, señor Duc —dijo Sendai—. A partir de ahora debe estar atento.

Duc salió de la cabina y con ayuda de unos prismáticos, examinó atentamente los islotes.

Al cabo de un rato despertó Weldon.

—Eh, Ray, ¿has encontrado algo?

—Todavía no. Será mejor que despiertes a Lange y me echéis una mano.

Poco después, los tres agentes espiaban las islas con sus prismáticos.

—Da la impresión de que estas islas están deshabitadas —dijo Gregory.

—Ya nos habló de eso Sendai —repuso Duc.

—Entonces, ¿para qué diablos hemos venido?

—Charles habló de la Isla Negra.

—Sí, todos los islotes son como el carbón, pero apuesto a que en estos mares hay infinidad de ellos de ese color. ¿Quién no te dice que la isla que buscamos no se encuentra a quinientas millas de aquí?

—Es posible que tengas razón, pero no podemos hacer otra cosa, sino confiar en la suerte.

El del Intelligence Service sonrió con ironía.

—Los franceses siempre queréis contar con ella.

Por espacio de dos horas continuaron observando las islas que encontraban a su paso.

Pero el resultado fue negativo. En ninguna de ellas encontraron atisbos de ser humano.

Primero Gregory y luego Weldon dejaron colgar sus prismáticos, cansados de aquel trabajo.

Sendai se acercó a ellos.

—Sólo quedan unas cuantas islas más al norte, las que se ven en el horizonte. Luego sólo está el anchuroso mar.

Gregory silbó una música de requiera.

—Pensemos un poco, muchachos —dijo Duc.

—¿Qué es lo que tenemos que pensar? —inquirió Weldon, el del CIA.

—Migasura no habrá querido que su refugio sea descubierto por una simple embarcación que pase por aquí.

—¿Supones que se ha escondido bajo tierra?

—No lo sé, pero desde este cascarón nunca podremos encontrar lo que buscamos.

—¡Oh, sí! —habló Gregory—. Lo que tú quieres decir es que desembarquemos en cada islote y lo registremos de un extremo a otro.

—No, eso nos llevaría demasiado tiempo.

—¿Qué diablos se te ha ocurrido, entonces?

—Hemos examinado todos los islotes, pero lo que tenemos que hacer es observar el mar.

—No me digas que Migasura y sus chicos viven con Neptuno, convertidos en hombres-rana.

—No seas payaso, lo que quiero decir es que tal vez encontremos restos de alimentos flotando en el mar, botes vacíos o cualquier otra cosa. Luego sólo tendremos que descubrir de qué lado los ha arrastrado la corriente.

—Maravilloso —ironizó el inglés—. Y una vez que hayamos descubierto algo que flote, seguiremos su pista y dentro de tres o cuatro meses es posible que aparezcamos en Honolulu. No nos vendría mal unas cuantas de esas indígenas en la playa de Waikiki.

—¿Vais o no a colaborar?

—Está bien, gran hombre. Aunque sólo sea para demostrarte lo

iluso que eres, vamos a intentarlo.

Dirigieron sus prismáticos hacia el mar, mientras la embarcación seguía avanzando.

Al cabo de media hora Weldon dijo:

—Veo una mancha de aceite a estribor.

* * *

La doctora Sakao entró en la habitación en donde estaba Elke tendida en una cama.

Las paredes aparecían llenas de espejos que multiplicaban la imagen de los objetos.

Elke había creído volverse loca al verse repetida de un lado y otro. Solamente a un hombre desequilibrado se le podía haber ocurrido decorar la habitación de aquella forma.

Ahora junto a su imagen vio la de una japonesa.

—¿Quién es usted?

—La doctora Sakao.

—Si la envía el profesor Migasura para atormentarme, no hace falta que lo haga porque muy pronto conseguirán lo que se han propuesto; que me vuelva loca.

—Vengo a ayudarla.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—No la creo. Sólo pretende engañarme.

—Le aseguro que le digo la verdad.

—¿Quiere decir que no es una colaboradora del profesor?

—Sí, lo he sido, pero ya no me interesa seguir a su lado. Yo le ayudé a crear a Charles, pero nunca creí que el profesor lo emplearía para el mal. Ese monstruoso muñeco asesinó a mi prometido.

—¿Por qué le asesinaron?

—Según el profesor, yo debo entregarme solamente al trabajo, a la creación de nuevos seres monstruosos como Charles.

—No puede hacer eso. Ha de oponerse.

—Sí, podría oponerme, pero no serviría de nada.

—Ya comprendo. La hipnotizarán como a mí.

—Si ellos se enteran de que estoy dispuesta a sabotearlos, se

apoderarán de mi voluntad y ya no podré luchar.

—¿Qué se le ha ocurrido entonces?

—Escapar de aquí.

Elke sintió renacer la esperanza.

—Dígame cómo podemos escapar. Haré todo lo que me ordene.

—Este refugio está construido en el cráter de un antiguo volcán.

Es muy difícil salir. Enormes paredes lo rodean y las tres salidas, túneles construidos en la montaña, están vigiladas. Hemos de aprovechar el momento adecuado para tratar de huir por uno de los túneles durante la noche, cuando se hace una oscuridad completa. Aquí la temperatura es de veinticuatro grados porque el aire está acondicionado, pero fuera es de cinco grados. En los túneles los hombres están en sus refugios y aunque están acristalados para facilitar su vigilancia, podremos pasar sin ser descubiertas... Hemos de tener mucho cuidado y evitar los sistemas de alarma, pues estaríamos perdidas. Creo conocer los dispositivos. Procuraremos no tener un solo fallo.

—Suponga que logramos cruzar uno de los túneles, ¿qué ocurrirá después?

—Los tres túneles conducen al mismo lugar, a un pequeño puerto que los hombres del profesor Migasura construyeron. También está abrigado para que no pueda ser descubierto desde el exterior. En el puerto siempre hay embarcaciones. Hemos de atrapar una de ellas y escapar por un pequeño estrecho... Es nuestra única posibilidad, Elke.

—Ya le he dicho que puede contar conmigo.

—Ha de estar preparada. Vendré cuando pueda.

—Gracias por todo.

—No me las dé. Yo tengo tantos deseos como usted de escapar de este infierno.

* * *

El anciano Sendai extendió el brazo y señaló el islote que había a babor.

—La mancha de aceite salió de ahí.

—Bien, muchachos, vamos a desembarcar —dijo Ray. El inglés Gregory hizo una mueca.

—Te fías demasiado de Sendai, Raymond. ¿Y si la mancha hubiese venido de mucho más lejos y pasó por entre los islotes hasta llegar donde nosotros la encontramos?

—Sendai tiene ochenta y tres años y en su juventud vino mucho por aquí. ¿No lo has visto conducir la embarcación por entre este condenado laberinto? El propio Hirikawa ha confesado que habríamos naufragado medio centenar de veces sin el anciano.

—Está bien, si quieres que nos llenemos de carbón, adelante.

A Hirikawa le costó algo de trabajo encontrar un buen lugar para echar el ancla.

Los tres agentes saltaron a tierra.

Por allí no crecía un solo vegetal.

Gregory tomó un puñado de tierra negruzca.

—Hermoso lugar para la luna de miel.

Weldon y Raymond observaron las crestas rocosas con sus prismáticos.

—¿Alguna señal, Weldon?

—Ninguna.

—Voy a subir ahí —dijo Ray—. ¿Alguien me acompaña?

—Yo renuncio —contestó Gregory.

Weldon también negó con la cabeza.

—Bastará con que uno haga de alpinista.

Duc emprendió la ascensión del risco por la parte menos inclinada, pero se encontró con que el terreno era resbaladizo. Tuvo que sujetarse a las aristas, las cuales se deshacían entre sus dedos.

Al fin llegó a lo alto y asomó poco a poco la cabeza.

Ante sus ojos vio el cráter de un volcán y a la derecha un pequeño golfo al que se llegaba por un estrecho.

Creyó ver un camino. Se fijó con atención. Sí, era una especie de sendero, y naturalmente, había sido trazado por el hombre.

El sendero se perdía por un lado entre las rocas cercanas a la orilla y el otro extremo entre otras rocas de origen volcánico, situadas en lo que podría ser la pared de un segundo cráter volcánico.

Siguió observando por espacio de varios minutos y vio a un hombre vestido de negro que aparecía por entre las rocas más cercanas al mar. Se perdió rápidamente, pero Ray pudo notar que era un japonés y que manejaba un subfusil ametrallador.

Se descolgó, quedando tendido sobre el terreno arenoso e hizo señal a sus dos compañeros para que subiesen.

Gregory y Weldon hablaron entre ellos y al fin se decidieron a ir con Ray. Al llegar, Gregory dijo respirando jadeante:

—Dime ahora que acabas de ver al otro lado a *miss* Universo en bikini.

—Es algo mejor que eso. El escondite que buscábamos.

—¿Cómo? —dijo Weldon.

—Asómate poco a poco, no vaya a ser que te descubran. Esos tipos manejan fusiles ametralladores y es posible que también tengan la bomba atómica.

Gregory y Weldon se tendieron en tierra, y durante unos instantes estuvieron manejando sus prismáticos. Luego se descolgaron junto a Ray.

—¿Qué habéis visto, muchachos?

Weldon sacudió la cabeza.

—Tenías razón. Hemos visto pasar a un par de hombres y ya nos fijamos en los subfusiles... ¿Cuál es tu idea?

—El refugio de Migasura debe encontrarse en el otro cráter. Por allí debe haber un túnel.

—¡Qué gran talento! Eso también lo hemos supuesto nosotros.

—No tendremos más remedio que dejar pasar el día y atacar al anochecer.

Gregory se echó a reír.

—Oigan al gran hombre, dice que vamos a atacar. Apuesto a que ese profesor tiene ahí un ejército, y lo más gracioso del caso es que nosotros no tenemos ni idea de cómo es el refugio. Por añadidura, el profesor tiene un muñeco que es capaz de comerse a un hombre crudo.

—Si tenéis miedo, podéis regresar cuando queráis.

—¿Y qué harías tú?

—Entrar solo, naturalmente.

—Te harían pedazos.

—Si es así, le diré al profesor Migasura que te envíe uno de ellos a Londres.

—No nos serviría.

—Bien, muchachos, decidle a Sendai que os lleve a Tokio.

—¿Y cómo piensas volver, suponiendo que salgas con vida de

esto?

—En esa rada tiene que haber embarcaciones. Me haré dueño de una de ellas y cualquier día de éstos me veréis aparecer por vuestro hotel.

Gregory se puso en pie.

—Vámonos, Weldon, este tipo está loco y mi jefe me dijo que tuviese cuidado con él o acabaría lo mismo.

Pero Weldon no se movió.

El inglés volvió la cabeza.

—¿Qué es lo que estás pensando, CIA?

—No podemos abandonar a Ray.

—Oh, sí, debemos hacer todo lo posible para que nos maten con él. ¿Es eso?

—¿Vamos a dejar que el profesor Migasura se salga con la suya? Ha conseguido fabricar un muñeco demasiado poderoso para que vaya suelto por el mundo.

—Yo no creo todavía en la existencia de ese muñeco. Apuesto a que sólo se trata de un tipo muy fuerte.

—Tú viste con tus propios ojos cómo quedó el alemán Fritz.

Gregory fue a contestar, pero se quedó con la boca abierta y luego rezongó algo por lo bajo.

Weldon le golpeó en el hombro.

—Escucha esto, Gregory. Se supone que si fallamos nosotros, no habrá una sola probabilidad de detener al profesor Migasura... No podemos consentir eso. Ya no se trata de un negocio de Occidente, es el mundo entero el que está en peligro...

—¿Ayudarás a Ray?

Sí, Gregory. Está decidido.

Ray sonrió a Gregory.

—Vosotros, los ingleses, siempre con el mismo plan. Cargáis el trabajo a los demás y recogéis los frutos. Anda, lárgate a Tokio, y si Weldon y yo logramos el éxito, te dejaremos entrar en la pandilla de los triunfadores.

—Eso piensas de mí, ¿eh?

—Sí, Gregory, eso pienso.

El inglés dio un suspiro y se sentó en el suelo.

—¿Sabéis lo que os digo? Sois un par de tipos completamente locos. En vuestras cabezas no hay la menor porción de sentido

común. Pero aunque sólo sea por una vez, Inglaterra se contagiará de esa locura.

CAPÍTULO XII

Ya había caído la noche.

Elke paseaba nerviosa por la habitación de los espejos.

Oyó un ruido en la puerta y se detuvo pensando en la posibilidad de que fuese Sakao.

Sin embargo, entró un criado empujando una mesa rodante.

—Es su cena, señorita.

—No tengo ganas de comer.

—Será mejor que coma o el profesor tendrá que inyectarle.

—Está bien, déjelo ahí. Comeré cuando esté a solas.

El criado hizo una reverencia y salió de la estancia.

Elke se dijo que estaba depositando todas sus esperanzas en Sakao, cuando la propia doctora le había dado a entender que su plan de fuga encontraría muchas dificultades...

¿Cómo iban a salir de aquel cráter, burlar a los guardianes, robar una embarcación...?

Pero debían intentarlo.

Transcurrió media hora y la puerta se abrió nuevamente. Esta vez era la doctora Sakao.

—¿Estás preparada, Elke?

—Sí.

Sakao manejaba un revólver con la mano derecha.

Le dio un plano a Elke.

—Elke, si a mí me pasa algo, me matasen o hiriesen, debes continuar sola. Tienes el camino señalado hasta llegar a la rada. Debes intentarlo por todos los medios. He oído al profesor Migasura hablar sobre el destino que te reserva.

Elke se estremeció visiblemente.

—¿Qué destino es ése?

—Quiere hacer experimentos contigo y con los otros robots que va a crear.

—Pero, suponiendo que tú no estés con él, ¿cómo va a crear a los demás muñecos?

—Tuve dos ayudantes y aprendieron bien mi técnica. Sólo les falta un poco de práctica para lograr los mismos resultados que yo. Si muero, el profesor sólo me echará de menos durante unas semanas... Hay dos guardianes al final del corredor. Voy a atraerlos hacia aquí... Elke, tengo que matarlos, no podemos dejarlos vivos.

—Lo comprendo.

Sakao abrió la puerta.

—¡Socorro! ¡Auxilio...!

Se oyó ruido de carreras.

Elke tenía la impresión de que había dejado de respirar.

Sakao se apartó de la puerta, arrojándose a la pared.

Los dos guardianes irrumpieron en la estancia.

—¿Qué pasa? —dijo uno de ellos.

Sakao cerró la puerta y a continuación disparó cuatro veces.

Dos balas fueron para un guardián y las otras dos para el otro.

Ambos cayeron retorciéndose por el suelo.

Hubo un silencio entre las dos mujeres.

Sakao se acercó a los dos guardianes y los examinó.

—Están muertos —dijo.

—¿No habrán oído los disparos?

—Esta habitación es a prueba de ruidos.

Se agachó sobre uno de los cadáveres y le quitó la pistola, que entregó a Elke.

—No vaciles en disparar como he hecho yo. Los que trabajan para el profesor son bestias despiadadas. Migasura los eligió entre un grupo de asesinos.

Elke tomó la pistola y apretó firmemente la culata.

—Marchemos cuanto antes, Sakao.

Salieron de la habitación y descendieron por una escalera.

Al llegar abajo, Sakao dijo:

—Hay otro guardián al fondo de este pasillo. También hemos de eliminarlo. Espera aquí, Elke, yo me encargaré de él.

—Quiero ir contigo.

—Nos vería desde lejos y sería peligroso. Volveré por ti en unos

minutos.

Elke quedó sola.

Tenía que tranquilizarse. El corazón le golpeaba fuertemente en el pecho.

Estaban corriendo un gran peligro, pero valla la pena.

De pronto, oyó un ruido a su espalda.

Se volvió levantando la pistola.

Por una puerta había aparecido un japonés, uno de aquellos guardianes.

—Quieto —le ordenó Elke.

El japonés tenía una pistola en la funda que colgaba de su cinturón, pero sus manos estaban vacías. Sonrió.

—¿Qué hace usted aquí? Debería estar en su habitación.

—Voy a escapar.

—¿Se ha vuelto loca? Nunca lo podrá conseguir. Va a volver conmigo. Ande, deme la pistola.

El japonés echó a andar hacia ella.

—Le he dicho que se esté quieto —casi gritó Elke.

Pero el japonés no obedeció. Siguió avanzando.

Elke se sintió más asustada que nunca. Recordó las palabras de Sakao. Tenía que disparar sin un solo titubeo. Era la única forma de lograr la libertad. Los hombres contratados por el profesor Migasura eran unos asesinos despiadados.

—Ande, deme esa pistola —repitió el japonés.

Ya estaba muy cerca de ella, a punto de tocarla con la mano.

Elke hizo fuego.

El japonés recibió el impacto en el estómago y se fue hacia atrás, reflejando en su cara una gran sorpresa. Sus labios se crisparon y se derrumbó en el suelo.

Elke estuvo a punto de gritar, pero recordó que con eso estropearía todo el plan de fuga.

Oyó que alguien corría por el pasillo hacia donde ella se encontraba y se preparó para seguir disparando.

Era Sakao, la cual miró el cadáver que había en el suelo y sonrió.

—Eso está bien. Fuiste valiente.

—¿Y el otro guardián?

—Ya dejó de hacer daño. Vamos.

Elke no quiso mirar al otro centinela que Sakao había baleado. La doctora abrió una puerta y una ráfaga de aire fresco les azotó el rostro.

Ahora las envolvía la oscuridad. Habían dejado atrás la prisión.

* * *

—¿Qué es lo que hace, profesor? —dijo Charles.

—Ya te lo he dicho. He arreglado tus circuitos.

Charles se miró en un espejo. Se encontraba extraño, no era el de antes. El lo sabía.

—Le pregunté qué es lo que ha hecho conmigo, profesor.

—Te he dejado en las más óptimas condiciones para que realices tu trabajo... A partir de ahora tendrás una autonomía para doce horas.

Los ojos de Charles se entrecerraron. En ellos brillaba la furia.

—¿Quiere decir que estaré doce horas muerto?

—Sólo descansando, Charles.

—Yo no necesito descanso.

—Todos lo necesitamos, hasta un ser como tú.

—Después de crearme no tenía ningún derecho a ponerme condiciones.

—Te di demasiada inteligencia.

—Eso es una estupidez, profesor. Nunca se tiene demasiada inteligencia. Y era natural que usted tratase de darme la mayor posible, toda la que pudiese estar a mi alcance... Quiero que me devuelva la que yo poseía.

—No, Charles. Además, estás equivocando los términos. Tienes la misma inteligencia de antes, sólo que cada doce horas te verás invadido por un sopor.

—Quiere que sea un criado de usted, sólo un criado. Como uno de esos estúpidos japoneses que están a su alrededor.

—Tú me debes obedecer como ellos.

Charles soltó una carcajada.

—¿Cómo me puede comparar con uno de esos pigmeos? Puedo destruirlos a todos en unos minutos. Puedo acabar con todos los seres humanos.

—Sí, Charles, para eso te creé.

—Usted también es un ser humano, profesor.

—No necesito que me lo recuerdes.

—Podría acabar con usted.

—No, no puedes.

—¿Por qué no? Suponga que lo atrapo con mis manos. Me bastará, una simple presión para que lo destruce.

—Tú no harás tal cosa. Para acabar con todos los seres humanos necesitas a tus hermanos. Tú no los podrías crear, a pesar de tu inteligencia. Sólo puedo hacerlo yo, Charles.

El robot rió otra vez.

—Le voy a dar una sorpresa, profesor. —Charles hizo una pausa —. Durante las tres últimas horas he asimilado todos sus conocimientos, mientras usted me estaba tratando en el laboratorio. Mi circuito del Pasado estuvo funcionando a toda marcha y me dediqué única y exclusivamente a usted. Sé que no se ha dado cuenta. Usted estaba demasiado embebido en reducir mi autonomía.

—Estás mintiendo, Charles.

—¿Quiere que le de una prueba de que no le engaño?

—Sí.

—Le diré lo que pasó cuando tenía cuatro años. Usted sólo recuerda que se cayó de un caballo. Nada más. Le daré todos los detalles. Era martes. Sus padres lo llevaron a casa de un amigo, en el campo. Tenían un establo. Usted vio allí siete caballos. Le gustó uno pequeño, un *poney* de crin blanca. El amigo de su padre lo puso en la silla, él lo estaba sujetando. De pronto tuvo un descuido y el *poney* salió disparado. Usted cayó en la hierba, se rompió el brazo izquierdo.

El rostro de Migasura reflejaba la mayor estupefacción mientras Charles hablaba.

—¿Está convencido, profesor, o quiere que siga hablando? Le puedo hablar de su primer amor, le puedo nombrar a todos sus amigos. Puedo decirle hasta sus más recónditos pensamientos. A los dieciséis años titubeé entre seguir la carrera militar o estudiar medicina en la Universidad.

—Ya basta, Charles.

—¿Lo he convencido?

—Sí, me has convencido.

—Sé todo lo que hay que saber para crear a mis hermanos. No lo

necesito, profesor. Absolutamente para nada. Pero yo respeto al hombre que me ha creado. Ande, dese prisa. Ponga otra vez mi circuito tal como estaba. Quiero estar perpetuamente en movimiento. No quiero dormir ni descansar. Y será mejor que me obedezca. No intente jugarme una mala pasada. Recuerde que estoy dentro de su pensamiento. Le voy a conceder cinco minutos para hacer su trabajo. Sé perfectamente que le basta ese tiempo para hacerlo.

—Sí, Charles.

El profesor Migasura estaba aturdido. Tema que destruir a Charles a cualquier precio. Si no lo hacía, sabía el fin que le esperaba. Charles acabaría con él. Era su castigo. Había hecho a Charles demasiado perfecto. Pero esto le serviría de experiencia en el futuro. Sus próximos robots serían tan poderosos como Charles, pero no podrían pensar por su cuenta. Se lo prometió a sí mismo.

Mientras decidía todo esto, miraba hacia el suelo para evitar que Charles conociese sus ideas.

—Te voy a quitar la cabeza, Charles.

—De acuerdo, profesor. Pero tenga mucho cuidado, o éste será su último experimento.

—Siéntate en el sillón.

Charles ocupó el sillón.

Migasura miró el enchufe de la pared. Estaba conectado al sillón. Si lograba encajarlo podría lanzar sobre Charles una corriente de alto voltaje. Esa corriente no sería bastante para destruir a Charles, pero lo mantendría paralizado durante treinta segundos. En ese espacio de tiempo destruiría su circuito central y eso equivaldría a matar a Charles.

Apretó la protuberancia del cuello y quitó la cabeza de Charles.

Decapitado Charles continuaba vivo y en condiciones de poder sorprender su pensamiento.

Migasura introdujo la diestra por el cuello del robot y alargó la otra mano hacia una bandeja donde se encontraban diversos instrumentos. Intencionadamente dejó caer uno de ellos.

—Perdona, Charles, estoy un poco nervioso.

Puso una rodilla en el suelo para atrapar el instrumento, pero de pronto se revolvió para conectar el enchufe en la pared.

Logró introducirlo y lanzó un grito de triunfo.

Pero al volver la cabeza se quedó perplejo viendo que Charles no estaba en el sillón, sino en pie.

Sintió que el hielo congelaba la sangre de sus venas.

Charles estaba enfrentado a él, como si lo mirase, a pesar de que no tenía la cabeza. Ahora el robot alargó la mano hacia ella y se la puso en el cuello.

—Charles, ¿por qué te has levantado?

—Usted me creó, profesor, pero es tan estúpido como el más vulgar de sus criados.

Migasura se puso en pie.

—Charles, tuve un mal pensamiento... Naturalmente, no lo habría llevado a la práctica. Quiero decir que te habría dado la vida otra vez.

—Después de convertirme en un esclavo suyo.

—Oye bien, Charles. Yo soy mortal como todos los humanos.

—Ya sé que lo es.

—Me moriré dentro de unos años y entonces tú serás el amo de todo el imperio que voy a levantar.

—Para entonces existirán muchos hermanos míos y yo no tengo la seguridad de que me elija a mí.

—Claro que sí, tú serás el que me suceda, el amo, el dueño de todo.

—Para mí solo existe una garantía de que lo seré. Matándolo, profesor. Yo seré quien construya a mis hermanos. Y ellos serán esclavos míos. Profesor, quiero que se siente en ese sillón.

—No, Charles.

—Ande, siéntese. No quiero matarlo con mis propias manos. Eso sería imperdonable. Pero usted merece la muerte por lo que iba a hacer conmigo.

—Escucha, Charles, no quiero morir. Me debes la vida. Sólo estás en el mundo gracias a mí. Si tú quieres, serás el dueño desde ahora. ¿Qué te parece? Quiero contemplar mi obra, aunque no sea yo quien dirija los destinos del mundo.

—Eso lo puede conseguir con un poco de imaginación, profesor.

El robot se puso en movimiento hacia Migasura y éste retrocedió.

—Charles, no hagas eso conmigo... No lo hagas.

—Quiero darle una satisfacción, doctor. Tendrá una buena

sepultura. Su nombre estará ligado al nuevo imperio. Si usted quiere, este planeta dejará de llamarse Tierra. A partir de ahora se llamará Migasura... Es un honor que usted merece, pero un honor póstumo.

El profesor estaba aterrorizado. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro. Respiraba entrecortadamente. Fue a escapar por un lado, pero Charles lo atrapó por la cintura.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! Soy el sabio más grande que ha existido en el mundo... No puedes matarme, Charles. Has de obedecerme, yo soy tu dueño... Tú solo eres lo que he querido que fueses.

Charles lanzó una estruendosa carcajada. Levantó al profesor sobre su cabeza y lo arrojó sobre el sillón.

Cuando Migasura entró en contacto con el sillón se produjo un estampido y una llamarada.

El gabinete se llenó de olor acre de la carne quemada.

Charles contempló con una sonrisa los restos del hombre que lo había creado.

Luego se volvió hacia un tablero de mandos. En la parte superior había hasta una docena de pantallas de televisión. Con un movimiento rápido conectó. Se oyó un zumbido y en cada una de las pantallas apareció un escenario distinto del refugio de Migasura y de la Isla Negra.

—Atención, habla Charles. He de comunicarles una importante noticia. El profesor Migasura acaba de morir, víctima de un fatal accidente. Desde este momento, la Isla Negra queda bajo mi mando. Vosotros me obedeceréis. Y a partir de ahora quiero que se me de el tratamiento de Supremo Jefe... Mañana al mediodía celebraremos los funerales del profesor Migasura. Serán los que un sabio de su categoría merece.

En las pantallas de televisión iban pasando sucesivos escenarios.

De pronto, en una de ellas, la tercera, Charles vio una imagen asombrosa. La doctora Sakao y la prisionera Elke Soelstrong corrían hacia la ensenada del puerto después de haber pasado por uno de los túneles.

—Atención... —dijo Charles—. ¡Emergencia! Dos mujeres tratan de escapar de la isla. Corren hacia el puerto. Los hombres de ese sector preparados. Maten a la doctora Sakao si es preciso, pero

quiero viva a Elke Soelstrong...

* * *

—Muchachos, llegó la hora —dijo Raymond Duc.

Gregory Lange, el agente del Intelligence Service, dio un suspiro.

—Se me está ocurriendo una idea mejor.

—¿Cuál, Gregory?

—Avisaremos al Cuartel General Americano en Tokio. Les contaremos la historia y entonces ellos mandarán uno de sus bombarderos y dejarán caer aquí una bomba de hidrógeno.

—Enhorabuena. Eres un gran tipo dando soluciones. Pero me temo que esa idea presenta unas cuantas dificultades. La primera que, cuando tú o uno de nosotros cuente en el Cuartel General Norteamericano la existencia de ese robot, nos pondrán la camisa de fuerza. ¿Hace falta que siga enumerando los siguientes impedimentos?

—Está bien. Yo ya dije un plan, ¿cuál es el tuyo?

—Atacar.

—¿Atacar qué?

—Eso que tienes delante. Vamos, no perdamos más tiempo.

Weldon Forbes dio una palmada en la espalda de Gregory.

—Puedes hacerte una ilusión, inglés. Supón que has salido a una de tus verdes campiñas a jugar un rato al golf.

Gregory atrapó un poco de polvo negro y lo arrojó al aire mientras decía con sarcasmo:

—¡Qué hermosa campiña!

Descendieron por el cráter del volcán en fila india, encaminándose hacia el sendero que habían descubierto durante el día.

Pronto vieron brillar el agua a la luz de la luna.

Tal como Duc había previsto, allí había, varias embarcaciones.

—Tenemos asegurada la retirada —dijo Raymond.

—Sí, y también un lugar en el cielo —continuó Gregory.

—Silencio —dijo Weldon—. Mirad a la derecha, muchachos. Ahí tenemos el comité de recepción.

Se refería a una casa edificada como una cúpula, con techo y paredes de cristal. En el interior había cuatro hombres. Los cuatro

eran japoneses. Estaban jugando a los naipes.

—Esto sí que está bueno —habló Gregory—. Los tenemos a la vista y no podemos cargárnoslos desde aquí. Apuesto a que, si disparo, la bala se va a los infiernos.

—No necesitamos comprobarlo —repuso Ray—. Está claro que no lo lograrás ni astillar ese cristal. Hemos de entrar ahí para acabar con ellos.

—Muy lindo. Pero ¿quién va a entrar y cómo?

—Es muy sencillo. Llamando a la puerta.

—Eh, Weldon, aquí tenemos al hombre que todo lo sabe. Muy bien, Ray, adelante. Vete a la casa y pregunta a esos muchachos si admiten un quinto jugador en la partida.

—Es justamente lo que estaba pensando —contestó Ray, y se dirigió hacia la garita.

A sus espaldas oyó la voz de Gregory:

—Te lo dije, Weldon; hicimos sociedad con un chiflado.

Raymond se detuvo agachado entre las rocas.

Atrapó un pedrusco y lo arrojó sobre la puerta de la cúpula.

Ray vio cómo uno de ellos se levantaba con la pistola en la mano.

El centinela abrió la puerta y Ray disparó sin titubear, al tiempo que echaba a correr.

El japonés se estaba derrumbando cuando Ray saltó por encima.

Rodó por la habitación.

La sorpresa jugó un importante papel en su atrevida acción.

Sólo uno de los hombres disparó contra él, pero no lo hizo con puntería.

Luego Raymond lo silenció porque fue a él a quien destinó las dos siguientes balas.

En aquel momento, Weldon y Gregory hicieron irrupción en la sala haciendo fuego como dos demonios.

Los últimos centinelas se derrumbaron cosidos por el plomo.

En la garita se hizo un gran silencio.

—¿Cómo está nuestro héroe? —dijo Weldon.

Raymond se levantó.

—Por ahora, con todos los huesos sanos.

—¿Cuál es la próxima tontería?

Se oyó un silbido en la pared. Todos miraron hacia la pantalla

de televisión. Sobre ella apareció una imagen. La de Charles.

—Eh, chicos, ahí tenéis al robot —dijo Raymond.

—Atención... ¡Emergencia! Dos mujeres tratan de escapar de la isla. Corren hacia el puerto. Los hombres de ese sector preparados. Maten si es preciso a la doctora Sakao, pero quiero viva a Elke Soelstrong...

Luego desapareció la imagen de la pantalla.

Weldon Forbes dio un silbido.

—Esto se pone bueno, muchachos... ¡Mujeres a mí...!

—Estupendo —dijo Gregory, mientras se sentaba en una silla—. Sólo tenemos que esperar a que las chicas lleguen. Nosotros somos ahora los que vigilamos el puerto.

—Levántate, Gregory —dijo Raymond—. Hemos de ir al encuentro de ellas. No podemos consentir que las atrapen en el camino.

Gregory había abierto un cajón de una mesa y sacó de allí una botella.

—Eh, chicos, auténtico *whisky* escocés.

—Ya tendrás tiempo para beber —dijo Raymond, y salió de la casa.

Gregory guardó el frasco en el bolsillo de su chaqueta y fue en pos de Weldon, que también había salido.

Ascendieron por el sendero.

De pronto oyeron gritos a la otra parte del cráter.

—Son ellas —gritó Ray.

Saltó el risco que tenía delante.

Elke Soelstrong y la doctora japonesa habían sido atrapadas por tres hombres que reían mientras trataban de dominarlas.

—Atención, se acabó la juerga —dijo Ray.

Los esbirros de Migasura dejaron libres a las muchachas y echaron mano de sus armas.

Weldon y Gregory ya flanqueaban a Duc y los tres dispararon a un tiempo.

Los tres japoneses se debatieron antes de caer sin vida.

Elke y la doctora corrieron al encuentro de sus tres salvadores.

—Raymond —exclamó Elke, cayendo en brazos del francés—, ¿cómo es posible que estés aquí?

—Pertenezco al Deuxième Bureau... Te presento a Gregory

Lange, del Intelligence Service, y a Weldon Forbes, del CIA.

De pronto se oyó una voz potente que pareció llegar desde el cielo.

—Les habla Charles. Migasura está muerto y yo soy el supremo jefe. Ninguno de ustedes tiene escapatoria. Les voy a hacer pagar caro su atrevimiento. Pero los prometo que los conservaré vivos si deponen las armas ahora mismo y se entregan.

Los tres agentes miraban 3 un lado y otro, tratando de penetrar con sus ojos la oscuridad, pero no veían a nadie.

—No se cansen. No pueden verlo —dijo la doctora Sakao.

—No me diga que también es invisible —rezongó Gregory.

—No lo es —contestó Sakao—, pero está desarrollando su circuito de penetración a distancia.

—Infiernos, ya me gustaría tener como socio de póquer a ese muchacho —dijo Weldon.

Raymond atrapó por el brazo a Sakao.

—Doctora, ¿hay algún medio para acabar con Charles?

La mujer se quedó pensativa.

—Sólo uno. Arrojándolo al fondo del mar.

—¿Por qué quedaría destruido?

—El profesor Migasura no me quiso hacer caso. Tenía tanta prisa en terminar su robot que dejó de ponerle un dispositivo electrónico para que los circuitos no fuesen afectados por la corrosión del agua del mar. Pero eso será fácilmente subsanable. El propio Charles podrá hacerlo si es que antes alguien no acaba con él.

—No nos sirve de nada —dijo Gregory—. ¿Cómo quieren que invitemos a Charles a que se bañe con nosotros?

—¿Hay explosivos por aquí, Sakao? —inquirió Raymond.

—Sí.

—¿Dónde?

—A muy poca distancia. En esa casa que está envuelta en la oscuridad. Hace pocos días estuve allí y vi cargas de dinamita. El profesor Migasura las utilizó para construir el puerto y su refugio.

—Vamos allí, muchachos.

—¿Qué es lo que has pensado? —preguntó Weldon.

—Todavía no te lo puedo decir.

Llegaron hasta la casa, la cual no estaba vigilada.

La doctora Sakao había acertado. Allí había dinamita.

Raymond y sus amigos atraparon algunas cargas y abandonaron la casa.

—Vamos hacia la costa. El segundo cráter será nuestra meta, donde estuvimos esperando todo el día. Hemos de llegar allí cuanto antes.

Estaban ascendiendo por la ladera del segundo cráter, cuando el cielo fue iluminado por varios cohetes.

—¡Nos han descubierto! —gritó Weldon.

Saltaron por entre las rocas, arrojándose de vez en cuando al suelo.

Por fin cruzaron los riscos y empezaron a descender hacia el lugar donde se encontraba la embarcación de Hirikawa.

De pronto, Ray se detuvo. Había descubierto una pequeña gruta.

—Dejad la dinamita aquí —dijo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Weldon.

—Ya lo supones, ¿verdad? Alguien tiene que quedarse y ése voy a ser yo. Embarcad en la lancha y alejaos.

—¿Y tú?

—Nadaré detrás de vosotros y me recogeréis luego.

—Sí, sólo recogeremos tus pedazos.

—Yo os metí en este lío y me corresponde a mí sacaros de él. ¡Fuera!

Gregory sacudió la cabeza.

—Hablaré a mis hijos de eso... Seguro que les servirá para ser más sensatos.

Las mujeres estaban ya muy lejos de ellos.

Gregory y Weldon se apartaron de Raymond.

Duc preparó la mecha.

Al otro lado del risco oyó a los hombres que estaban ascendiendo. También identificó la voz de Charles.

—Esos estúpidos creen que pueden escapar de mis manos. Yo les voy a dar la respuesta.

Ray prendió la mecha y echó a correr.

Oyó una estruendosa carcajada a sus espaldas y volvió la cabeza.

En la cúspide estaba Charles.

—¿Por qué corre, señor Duc? ¿Es que no se da cuenta de que nunca podrá huir de esta isla? Aquí quedarán sus huesos...

De pronto sobrevino la explosión.

Raymond siguió corriendo.

La lancha ya se había apartado de la orilla.

Corrió hacia una roca que se levantaba como un trampolín sobre el mar y se arrojó al agua cuando empezaban a caer piedras a su alrededor.

Se zambulló todo lo que pudo mientras continuaba escuchando el estruendo en la montaña.

Buceó vigorosamente alejándose de la costa.

Cuando se le acabó el aire, ascendió a la superficie y miró hacia la isla. Se había provocado un enorme alud, justo por donde había visto la última vez al robot.

Vio la lancha cerca y poco después sus compañeros le ayudaron a subir a bordo.

—¡Lo conseguimos, muchacho! —exclamó triunfalmente Gregory Lange.

* * *

Era el día en que se clausuraban los Juegos Olímpicos.

Raymond y Elke asistían al maravilloso espectáculo que se desarrollaba en el Stadium.

—Querido —dijo Elke—, ¿qué vamos a hacer esta noche?

—Mis compañeros me han propuesto una partida de póquer antes de que nos separemos.

Raymond volvió la cabeza y vio un poco más arriba a Sergio Ivanov, que tenía escayolado un brazo, y un poco más allá a Gregory Lange y Weldon Forbes.

—Pero ya son tres, Elke y pueden entablar perfectamente la partida sin mí... Prefiero un mano a mano contigo.

Acepto el reto —contestó sonriente la rubia Elke—. No todos los días una tiene la oportunidad de competir con un tipo que ha ganado en Tokio la Medalla de Oro del Espionaje.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).